

Cuadernos de historia económica

En busca de nuevas tierras y
vecinos: Proceso de colonización
en la Sierra Nevada de Santa
Marta, Serranía de Perijá y Zona
Bananera del Magdalena
(siglos XVII - XIX)

Por:
Joaquín Vilorio De La Hoz

Núm. 49
Diciembre, 2018



BANCO DE LA REPÚBLICA
CENTRO DE ESTUDIOS ECONÓMICOS REGIONALES (CEER) - CARTAGENA

**En busca de nuevas tierras y vecinos:
Proceso de colonización en la Sierra Nevada de Santa Marta,
Serranía de Perijá y Zona Bananera del Magdalena (siglos XVII - XIX)**

Joaquín Viloría De La Hoz¹
Banco de la República de Colombia

La serie **Cuadernos de Historia Económica** es una publicación del Banco de la República – Sucursal Cartagena. Las opiniones contenidas en el presente cuaderno son de responsabilidad exclusiva de los autores y no comprometen al Banco de la República ni a su Junta Directiva.

Resumen

En el documento se analizan los hechos más relevantes de la colonización adelantada en la Sierra Nevada de Santa Marta y Serranía de Perijá, así como en la zona agrícola al sur de Ciénaga, más tarde conocida como Zona Bananera del Magdalena. El período de estudio se extiende entre los siglos XVII y XIX. Durante el siglo XVIII, las autoridades coloniales decidieron retomar la colonización de la Sierra Nevada de Santa Marta y su primer paso fue la evangelización de las comunidades indígenas allí establecidas. También, en la segunda mitad del siglo XVIII, el sistema colonial ordenó establecer una colonia agrícola con irlandeses, a mitad de camino entre Santa Marta y Valle de Upar, en territorio dominado por los indígenas chimilas. Estos proyectos fundacionales cumplían propósitos militares, religiosos y económicos. Más adelante, el proceso de la Independencia generó expectativas económicas en la nueva dirigencia política colombiana, que sólo empezarían a concretarse tres décadas más tarde. Aparejado a estas nuevas dinámicas, fue ganando fuerza el proyecto de crear empresas de inmigración y colonización en diferentes zonas del país, para atraer inmigrantes europeos. Pero estas empresas tropezaron con múltiples inconvenientes como la pobreza fiscal en los diferentes niveles de gobierno y las guerras recurrentes. La Sierra Nevada de Santa Marta no fue ajena a la expansión cafetera nacional, lo que generó una colonización moderada a partir de las últimas décadas del siglo XIX. Lo cierto es que la colonización e inmigración planificada de la Sierra fue un fracaso, pero en cambio prosperó la emprendida por empresas particulares o por familias con vocación empresarial. De allí se pueden destacar las haciendas cafeteras organizadas en las cercanías de Santa Marta, Valledupar y Villanueva.

Palabras clave: Colonización, inmigración, Sierra Nevada de Santa Marta, Zona Bananera de Santa Marta, Serranía de Perijá, café, banano.

Clasificación JEL: N9, N96, R23.

¹ Gerente de la Agencia Cultural del Banco de la República en Santa Marta. Profesor catedrático del Programa de Economía de la Universidad del Magdalena. Este artículo es responsabilidad del autor y no compromete al Banco de la República ni a su Junta Directiva. Correo electrónico: jvilorde@banrep.gov.co y joaquin.viloria@gmail.com. El autor agradece la colaboración o comentarios de Jaime Bonet, Julio Romero y María Aguilera. Además, a Angie Hormechea por la elaboración de los mapas.

**In search of new lands and neighbors:
Colonization process in Sierra Nevada de Santa Marta,
Serranía de Perijá and Magdalena's banana zone (XVII - XIX centuries)**

Joaquín Viloría De La Hoz²
Banco de la República de Colombia

The series **Cuadernos de Historia Económica** is a publication of Banco de la República in Cartagena. The opinions contained in this document are the sole responsibility of the author and do not commit Banco de la República or its Board of Directors.

Abstract

The document analyzes the most relevant facts of the early colonization in Sierra Nevada de Santa Marta and Serranía de Perijá, as well as in the agricultural area south of the Ciénaga, later known as the Magdalena Banana Zone. The period of study extends between the seventeenth and nineteenth centuries. During the 18th century, the colonial authorities decided to take back colonization of Sierra Nevada de Santa Marta, and their first step was the evangelization of the indigenous communities established there. In addition, in the second half of the 18th century, the colonial system ordered the establishment of an agricultural colony with the Irish community, halfway between Santa Marta and Valle de Upar, in territory dominated by the indigenous people known as Chimilas. These foundational projects fulfilled military, religious and economic purposes. Later, the process of Independence generated economic expectations in the new Colombian political leadership, which would only begin to materialize three decades later. Together with these new dynamics, the project of creating immigration and colonization companies in different areas of the country to attract European immigrants was gaining strength. Nevertheless, these companies encountered multiple problems such as fiscal poverty at different levels of government and recurrent wars. Sierra Nevada de Santa Marta was not unfamiliar with the national coffee expansion, which generated a moderate colonization from the last decades of the nineteenth century. It is true that colonization and the planned immigration of the Mountain range was a failure but, on the other hand, the one undertaken by private companies or families with business vocation was prosperous. As examples, it is worth mentioning coffee plantations organized nearby Santa Marta, Valledupar and Villanueva.

Keywords: Colonization, immigration, Sierra Nevada de Santa Marta, Magdalena's banana zone, Serranía de Perijá, coffee, banana.

JEL Classification: N9, N96, R23

² Gerente de la Agencia Cultural del Banco de la República en Santa Marta. Profesor catedrático del Programa de Economía e investigador del Grupo de Historia Empresarial y Desarrollo Regional de la Universidad del Magdalena. Este artículo es responsabilidad del autor y no compromete al Banco de la República ni a su Junta Directiva. Correo electrónico: jvilorde@banrep.gov.co joaquin.viloria@gmail.com. El autor agradece la colaboración o comentarios de Jaime Bonet, Julio Romero y María Aguilera. Además, a Angie Hormechea por la elaboración de los mapas.

Tabla de Contenido

| | |
|---|----|
| 1. Introducción | 1 |
| I. Sierra Nevada de Santa Marta y Serranía de Perijá | 3 |
| 2. La Sierra Nevada durante el período colonial | 3 |
| 3. Indígenas y misioneros: los capuchinos una y otra vez | 6 |
| 4. La Sierra Nevada durante los primeros años de la República..... | 10 |
| 5. Intentos de colonización planificada..... | 13 |
| 6. Configuración del cinturón cafetero: Sierra Nevada y Serranía del Perijá | 24 |
| II. Colonización de la Zona Bananera del Magdalena..... | 31 |
| 7. Colonos irlandeses en San Carlos de la Fundación..... | 32 |
| 8. Colonización de Fundación y “Zona Bananera” durante el siglo XIX | 38 |
| 9. Adjudicación de baldíos y proyectos de inmigración | 43 |
| 10. Pioneros en el cultivo de banano..... | 48 |
| 11. Comentarios finales..... | 54 |
| Referencias bibliográficas | 58 |

1. Introducción

Luego de la derrota definitiva de los indígenas tairona a principios del año 1600, las partes medias y altas de la Sierra Nevada de Santa Marta fueron abandonadas por los conquistadores y colonizadores españoles durante casi dos siglos. Surge la pregunta de por qué los españoles no colonizaron la Sierra Nevada y varias de sus zonas aledañas en ese período, pero en cambio sí emprendieron el descubrimiento del territorio muisca, en la cordillera de los Andes, zona montañosa con características similares en algunos aspectos a los terrenos ubicados en las cercanías de Santa Marta, Riohacha y Valledupar. Para responder esta pregunta, en el documento se analizan los hechos más relevantes de la colonización adelantada en la Sierra Nevada de Santa Marta y Serranía de Perijá, así como en la zona agrícola al sur de Ciénaga, más tarde conocida como Zona Bananera del Magdalena, ocurridas durante el período que se extendió entre los siglos XVII y XIX.

Algunos estudios han analizado el fenómeno de la colonización en estas zonas del país de manera aislada (Sierra Nevada, Zona Bananera, Serranía del Perijá), pero ninguno los había estudiado en forma conjunta durante este período de tiempo. Así mismo, antropólogos o historiadores se han enfocado en estudiar la presencia de evangelizadores, viajeros, exploradores o etnógrafos en la zona, pero su análisis se ha circunscrito a un personaje o una comunidad en específico. En esta investigación se analizará de manera conjunta los aportes de cada uno de estos investigadores a través de sus escritos, así como los documentos consultados en diferentes archivos y bibliotecas.

Se pondrá en contexto los proyectos de inmigración blanca, impulsados por las élites políticas durante el siglo XIX, así como los resultados de los mismos. De igual forma vale la pena discutir las políticas tomadas para impulsar la colonización y ampliar la frontera agrícola en la antigua provincia de Santa Marta. En este sentido, se debe resaltar que cuando en Colombia habla de colonización, muchos la circunscriben a la zona antioqueña, donde se vio una agresiva ampliación de la frontera agrícola en la segunda mitad del siglo XIX, asociada con el cultivo del café. En este estudio, analizaremos la colonización y ampliación de la frontera agrícola en el Caribe colombiano, más exactamente en la antigua provincia de Santa Marta, luego convertida en los departamentos de Magdalena, Cesar y La Guajira. La política colombiana de entrega de tierras a los colonos, estuvo fundamentada en el modelo de Estados

Unidos. En ese país, se impulsó la colonización durante todo el siglo XIX, entregando tierras a los colonos que ampliaban la frontera agrícola hacia el lejano oeste, hasta alcanzar la costa Pacífica. En ese proceso norteamericano de colonización, el costo de entregar tierras a los colonos se convirtió en una despiadada cacería de indígenas Apaches, comanches, iraqueses y cherokees, entre otros (Wexler, 1991).

El documento se estructuró en dos partes y diez secciones, incluida esta introducción: la primera parte está dedicada al estudio de la Sierra Nevada de Santa Marta y Serranía de Perijá, mientras la segunda aborda el tema de la Zona Bananera de Santa Marta. En la primera sección se analiza la colonización y evangelización de la Sierra Nevada durante el período colonial; la siguiente está dedicada a los primeros años del período republicano. La cuarta sección estudia y enumera los intentos de colonización planificada por los gobiernos central y departamental, para descubrir que todos fracasaron por diferentes circunstancias. A continuación se aborda el tema de la configuración del cinturón cafetero en las tres vertientes de la Sierra (norte, occidental y suroriental), así como la colonización en la Serranía de Perijá.

La segunda parte del estudio se refiere a la Zona Bananera de Santa Marta y su primera sección aborda el tema de la colonización irlandesa de San Carlos de La Fundación, impulsada por el propio virrey español. La siguiente sección analiza la colonización de Fundación y la “Zona Bananera” durante el siglo XIX. Seguidamente se estudia la adjudicación de baldíos como política nacional y los proyectos de inmigración. Luego se presentan los pioneros del cultivo del banano en esta zona del país, en el que aparecen empresarios locales y luego empresas extranjeras. Al final del documento se presentan las conclusiones más significativas.

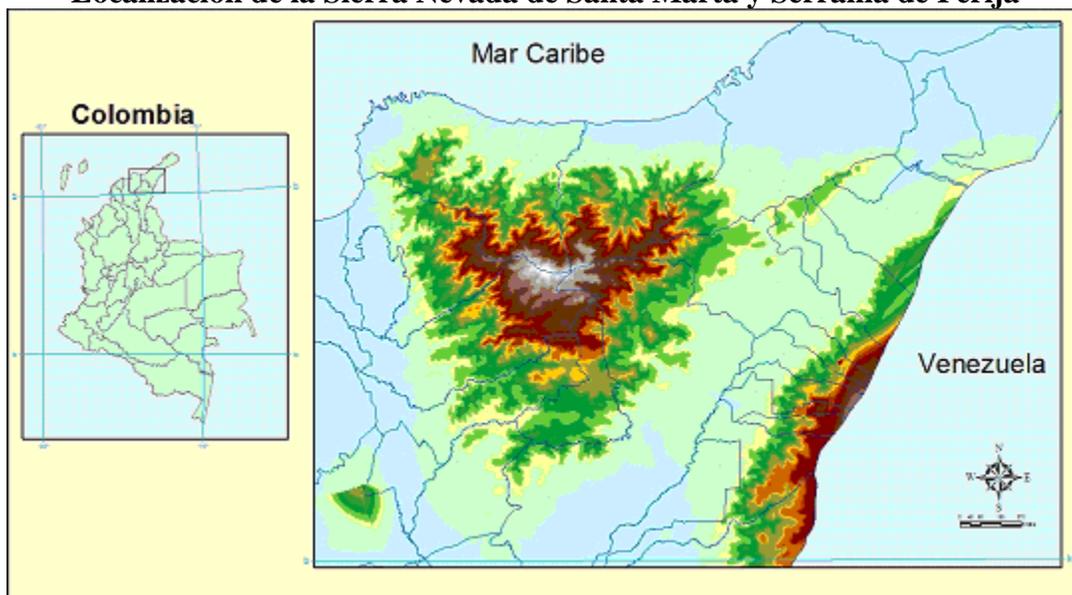
Para esta investigación se han consultado el Archivo General de la Nación, Archivo Histórico del Magdalena Grande, Sala de Libros Raros y Manuscritos, así como las Bibliotecas Luis Ángel Arango, Nacional de Colombia y la Gabriel García Márquez de Santa Marta, entre otras. Además, se consultaron periódicos y revistas de la época, tesis doctorales inéditas y así mismo se hicieron entrevistas a expertos sobre tema de estudio.

I. Sierra Nevada de Santa Marta y Serranía de Perijá

2. La Sierra Nevada durante el período colonial

La Sierra Nevada de Santa Marta es un territorio triangular y aislado de la cordillera de los Andes, que se levanta al nordeste de Colombia, frente al mar Caribe, y se convierte en la montaña de litoral más alta del mundo (5.775 de altitud). Cada lado de este triángulo mide aproximadamente 140 kilómetros y su extensión es de 17.000 kilómetros cuadrados, pero si se lleva a la delimitación natural de sus vertientes hidrográficas, su área se amplía a 21.000 kilómetros cuadrados (Mapa 1).

Mapa 1
Localización de la Sierra Nevada de Santa Marta y Serranía de Perijá



Fuente: Realización del autor basado en IGAC.

Luego del descubrimiento de América en 1492, la conquista y colonización del nuevo continente le fue encomendada por la Corona a empresarios que debían financiar las embarcaciones, la tripulación, los soldados, las armas y la alimentación del grupo de conquistadores. El pago a estos hombres se hacía con el botín que lograban “rescatar” al momento de incursionar en los pueblos indígenas recién descubiertos por los hispanos. El rescate era una forma, a veces sutil y otras violenta, de apropiarse de las riquezas de los indígenas a cambio de baratijas, en el mejor de los casos. Pero también en los primeros años

de la conquista, los españoles se caracterizaron por esclavizar a los indígenas y sustraer el oro de las poblaciones del litoral, como una forma de recuperar el capital invertido. En efecto, “las mismas condiciones empresariales de la conquista estimulaban la rapacidad. Mientras que muchos conquistadores de base debieron endeudarse para adquirir los suministros esenciales, los organizadores incurrieron en enormes deudas para conseguir embarcaciones y el equipo de la expedición”. En otras palabras, “el endeudamiento y la ambición insatisfecha fueron así, el motor de la conquista” (Palacios y Safford, 2002, p. 55).

Para el caso del territorio que fue llamado Santa Marta, la empresa colonizadora fue encomendada al sevillano Rodrigo de Bastidas, quien arribó por primera vez a las costas samarias en 1501. Durante los siguientes años varios conquistadores españoles hicieron incursiones de rescate contra los indígenas locales, hasta que el propio Bastidas fundó Santa Marta el 29 de julio de 1525. Una vez fundada la ciudad siguieron muchos años de lucha con los indígenas de poblaciones cercanas como Mamatoco, Jeriboca y Bonda, así como períodos de alianzas con esas mismas tribus o con las de Taganga o Gaira.

La derrota definitiva de los indígenas tairona ocurrió entre finales de 1599 y principios de 1600, por lo que la Conquista española de este territorio duró cerca de cien años. Luego de la derrota, un grupo de los indígenas que sobrevivieron fueron obligados a establecerse en territorio plano y las montañas de la Sierra Nevada estuvieron abandonadas por los españoles por más de un siglo (Restrepo, 1937, pp. 740 y 743). Estas montañas inhóspitas sirvieron de refugio a los indígenas que no se sometieron, así como a los negros cimarrones, quienes fundaron sus palenques en las estribaciones de la Sierra Nevada.

Una vez derrotados los indígenas de las inmediaciones de Santa Marta y los establecidos en la Sierra Nevada, el sistema colonial español implementó la encomienda en esta región del Nuevo Reino de Granada. Esta institución económica tenía varios protagonistas: el encomendero que era español de cierto reconocimiento y tenía el derecho de cobrar un tributo a los indígenas que le asignaban de una población determinada (Gaira, Masinga o Tubará. Entre otros); el encomendado o tributario era el indígena que debía pagar el tributo con la producción de la tierra asignada o su trabajo; y el cura doctrinero, encargado de evangelizar a los nativos.

Los pueblos indígenas de la vertiente Norte de la Sierra Nevada también fueron organizados en encomienda y eran administrados desde la población española de la Nueva Salamanca de la Ramada, en inmediaciones de lo que hoy se conoce como Dibulla. Hacia 1627 se organizaron en esta zona seis encomiendas que abarcaban las cuencas de los ríos Ranchería, Tapias, Ancho, Taminaka, Palomino, Jeréz y Don Diego, con población kogui; así como el río Marocaso, afluente del río Cesar, con población wiwa (Mestre y Rawitscher, 2018, p. 177). En 1661, las encomiendas más grandes de Santa Marta eran Masinga, Curinca, Ciénaga, Bonda, Taganga y Gaira, entre otras. Santa Marta tenía en sus alrededores 28 pueblos tributarios y 374 indios encomendados (Luna, 1993, pp. 124-125).

En 1691 el sacerdote peruano Fray Francisco Romero visitó la región del Valle de Upar, con la finalidad de evangelizar a los indígenas arhuacos de la Sierra Nevada. El padre Romero describió con detalle las ceremonias religiosas de estos indígenas e identificó sus deidades principales como Cabisuri, Dunama y Maotama³. El religioso “destruye el santuario arhuaco, pero tiene el cuidado de llevar a Roma los ídolos en él venerados; no es de extrañar esta actitud en un misionero del siglo XVII, (quien actuó) con el criterio de un arqueólogo moderno” (Romero s.f., p. 24). El misionero penetró hasta las partes altas de la Sierra Nevada, en compañía de don Melchor de Espinosa, cura de Riohacha, y el capitán Salvador Félix Arias. En Atánquez, Romero citó al cacique de la zona llamado Zereme Guáimaro, quien “acudió con puntualidad de noble”(Romero s.f., p. 59) y llegó ataviado con sus mejores prendas. El padre Romero luego de destruir varios templos en la Sierra Nevada, continuó su recorrido hacia la ciudad de Riohacha, donde entró en contacto con los indígenas guajiros o wayuu. De ellos dijo que eran “muy dados a la valentía” (Romero, s.f., p. 64), hasta el punto de ser respetados por los piratas.

En el plano económico, a mediados del siglo XVIII se tienen noticias de los primeros cultivos de café en la vertiente norte de la Sierra Nevada, cerca de la ciudad de Santa Marta (Viloria, 2014). Las recomendaciones para cultivar café en la Sierra Nevada hechas por el Gobernador

³ Nombres similares se encuentran todavía en otras zonas de la Sierra Nevada. Así, por ejemplo, en documentos del siglo XVIII, se hace referencia a las “Tierras de Dunama” y al “Río Dunama”, en las cercanías de Santa Marta. Esa misma zona rural, cerca de Bonda, se pasó a llamar Donama. De igual forma, existe Makotama, pueblo kogui ubicado en las cabeceras del río San Miguel, actual departamento de La Guajira.

de Santa Marta y Rio Hacha Antonio de Narváez y La Torre en 1778, no fueron tenidas en cuenta por las autoridades coloniales (Ortiz, 1965). El macizo montañoso siguió abandonado a indígenas y misioneros, mientras la pequeña ciudad de Santa Marta vivía en un letargo económico y demográfico, opacada por la dinámica comercial de su vecina Cartagena de Indias.

3. Indígenas y misioneros: los capuchinos una y otra vez

Para mediados del siglo XVII llegaron a la Nueva Granada los primeros misioneros capuchinos, quienes se establecieron en la región del Darién y en los años subsiguientes en la Guajira y Sierra Nevada (Córdoba, 2012; Daza, 2006). En efecto, ante las dificultades de recaudar los tributos en las encomiendas de La Guajira y Sierra Nevada de Santa Marta, en 1694 el Rey Carlos II propuso acabar las encomiendas para establecer pueblos de misiones a cargo de los sacerdotes Capuchinos. Esta decisión se basó en una Real Cédula que el mismo monarca había expedido en 1686, en “que se den las órdenes convenientes para que los indios que se conviertan no se encomienden” (Luna, 1993, p. 293).

El nombre jurídico de esta comunidad religiosa fue y sigue siendo el de “Hermanos Menores Capuchinos”: aunque no lo parezca, este nombre ha impactado desde su llegada sobre las comunidades indígenas de la Sierra Nevada. Como par de oposición y como una forma no violenta de rechazo a la autoridad externa, los indígenas de esta zona del Caribe asumieron el título de “Hermanos Mayores” ante la población “bunachi” o no indígena, entre los que se encontraban los “Hermanos Menores Capuchinos”.

Para finales del siglo XVII, los encomenderos y los curas doctrineros empezaron a cambiar la toponimia de pueblos kogui por nombres cristianos. El aislamiento no era total y hacia 1718 se encontraron las primeras denominaciones de pueblos indígenas, ahora con nombres cristianos, como San Pedro de La Ramada, San Antonio del Yucal y San Miguel de Cototame. La reorganización de estas tres poblaciones se enmarcó dentro del modelo colonial de “pueblos de indios” utilizado en el Nuevo Reino de Granada y otras colonias españolas, como una forma de denominación y ordenación del territorio. Hacia el lado del Valle de Upar y San Juan también había algunos pueblos de indios con iglesia como Atánquez, El Rosario y Marocaso (Mestre y Rawitscher, 2018, p. 191).

Para principios del siglo XVIII, los encomenderos establecidos en esta zona de la Sierra Nevada cercana a Riohacha, solo se preocupaban por recoger el tributo que debían pagar los 300 indígenas tributarios, consistente en mochilas y hamacas. La población tributaria era escasa con respecto al total, si se tiene en cuenta que en 1720 las autoridades coloniales estimaron la población indígena de la Sierra Nevada en 3.000 personas (Mestre y Rawitscher, 2018, p. 196).

El nuevo régimen de gobierno creado por los españoles para los indígenas incluía cargos como capitanes, alcalde, mandad, teniente y fiscal. Esto implicó desconocer los cargos y autoridades de los pueblos indígenas, para ser remplazados por las denominaciones hispanas. Para finales del siglo XVIII, en estos “pueblos de indios con iglesia” se comienza a configurar una economía con excedentes como panela y productos derivados de la ganadería, que los curas y algunos comerciantes españoles vendían en poblaciones como Rio de la Hacha, San Juan o Valle de Upar (Mestre y Rawitscher, 2018, pp. 202 y 203). Se inicia de forma tímida una ampliación de la frontera agrícola en la Sierra Nevada, que se va a complementar con las incursiones contra los indígenas chimilas ubicados entre el río Magdalena y las cercanías del Valle de Upar. Ante estos peligros cotidianos, en 1747 don Francisco del Campo, teniente de Gobernador de Valledupar, propuso trasladar los indios chimilas del pueblo de San Sebastián al de Atánquez (Luna, 1993, p. 298).

Los misioneros Capuchinos ampliaron su obra evangelizadora entre las distintas “tribus arhuacas” de la Sierra Nevada, así como hasta la península de La Guajira, la Serranía de Perijá y los valles del Cesar y el Ariguaní. Hacia 1750 el padre Silvestre Labata y otros religiosos fundaron San Sebastián de Rábago, en colaboración con el maestro de campo José Fernando de Mier y Guerra. En esta región de la Sierra Nevada se refugiaban los chimilas, luego de sus ataques a las poblaciones españolas asentadas en la zona plana comprendida entre el Valle de Upar y el río Magdalena.

Entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, estos misioneros capuchinos fundaron o refundaron otros pueblos indígenas en la Sierra Nevada como San Pedro de La Ramada, San Antonio del Yucal y San Miguel de Cototame, con población kogi o kággaba.

En jurisdicción de Valledupar fundaron los pueblos de San Antonio del Jobo, Sabana del Tuerto, Espíritu Santo (Codazzi), Fernambuco, Paraíso, Sicarare y Casacará, en la Serranía del Perijá; además Atánquez, Santa Ana y Talco, en la Sierra. En estas fundaciones, los capuchinos sembraron caña de azúcar en la zona baja y trigo en la parte alta de la Sierra. También tuvieron ganado vacuno, caprino y lanar en los diferentes territorios. Es probable que en esa época, los capuchinos hubieran experimentado el cultivo de café en la zona media de la Sierra Nevada, en la vertiente que se extiende entre Santa Marta y Riohacha. Se sabe que el café llegó a la Sierra Nevada hacia mediados del siglo XVIII, época en que ya los capuchinos se habían establecido en la Guajira y el macizo montañoso.

En esa amplia región del Caribe neogranadino estaban asentados pueblos indígenas como los arhuacos (nombre genérico dado a todos los indígenas de la Sierra Nevada hasta principios del siglo XX), chimilas, tupes y wayuu, entre otros. El nombre “Arhuaco” aparece por primera vez en un informe de Ambrosio Alfinger a principios del siglo XVI, durante su expedición al norte de Tierra Firme. Cuando Carlos V le entregó la gobernación de Coro, Venezuela, a la casa de banqueros alemanes Welser, enviaron a Alfinger como gobernador de la provincia para que buscara el tesoro del Dorado. Este aventurero alemán atravesó la Serranía del Perijá y penetró a territorio de la gobernación de Santa Marta, en jurisdicción del valle del río Cesar, y en una de sus cartas menciona que en este territorio habitaba la tribu de los Arhuacos (Sievers, 1887, p. 80). Luego, en 1739, De la Rosa (1975, p. 234) se refirió a estos indígenas como Aurohuacos, que según el autor significa “oro escondido”, “guaca de oro” o simplemente tierra de “El Dorado” (De la Rosa, 1975, p. 234; Nicholas, 1901, p. 611)⁴.

Durante el período de la Independencia los capuchinos fueron expulsados y los indígenas de la región Caribe quedaron con cierto grado de libertad en términos religiosos, pero en otros fue crucial. Se aprobaron leyes que disolvieron los resguardos y sus tierras fueron declaradas como baldíos de la Nación. Esta política de corte liberal o modernizadora, buscaba abrir el mercado de tierras a los territorios indígenas, para que allí se asentaran colonos extranjeros principalmente (Melo, 1994). La nueva autoridad republicana en estos territorios vino a ser

⁴ Esta denominación genérica ha sido considerada como ofensiva por algunos grupos indígenas de la Sierra Nevada, en tanto no hace distinción entre los cuatro pueblos asentados en este macizo montañoso: koguis, ikas, wiwas y kankuamos. Así mismo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, el término arhuaco se asoció exclusivamente con los indígenas ikas.

el inspector de policía, quien administraba justicia y adjudicaba los terrenos, que a partir de ese momento se les empezaron a denominar baldíos.

En 1887, luego de la firma del Concordato con la Santa Sede durante el gobierno del presidente Rafael Núñez, los capuchinos regresaron a Colombia. En efecto, en 1888 por solicitud del obispo de Santa Marta José Romero, llegaron al departamento del Magdalena los primeros seis misioneros capuchinos y les fue asignado un amplio territorio en la península de La Guajira y Sierra Nevada. El obispo Romero mostraba en su correspondencia una clara nostalgia del período colonial, muy acorde con los postulados conservadores que se iniciaron en 1880 y se mantuvieron en el gobierno colombiano durante medio siglo. Escribe Romero en una de sus cartas: “Al fin he encontrado en la *antigua madre-patria* misioneros que vengán a traer la luz de la civilización cristiana [...] como sucedió cuando el descubrimiento de este mundo” (Bossa, 2015).

El gobierno del presidente Rafael Núñez dispuso que la comunidad de los capuchinos se hiciera cargo de la evangelización y educación de las diferentes comunidades indígenas del país. Además, estos misioneros debían integrar a la economía regional las “colonias agrícolas” que conformaron en diferentes pueblos indígenas. “Las misiones capuchinas eran colonias agrícolas que generaban ganancias... Los capuchinos manejaban varios negocios y contrataban con el gobierno la construcción de vías” y comercializaban los excedentes producidos por los indígenas (Mestre y Rawitscher, 2018, p. 210).

Los capuchinos también se encargaban de otros proyectos como construir caminos y planificar la colonización de la Sierra Nevada. En efecto, en 1899 el padre José de Valdevejas presentó al gobernador del Magdalena un proyecto de colonización para la Sierra Nevada. El proyecto contemplaba la entrega de 25 hectáreas a cada familia de colonos, quienes serían españoles procedentes de la provincia de Santander (De Real, 1912, pp. 36-37). El proyecto se frustró al estallar la Guerra de los Mil Días en 1899, lo que paralizó gran parte de los proyectos productivos en el país. En los tres años de guerra (1899-1902), el gobierno conservador concentró los recursos en el aparato militar, para combatir y derrotar a los revolucionarios liberales. Una vez concluida la guerra en los primeros años del siglo XX, se consolidó una pequeña ola colonizadora en la Sierra Nevada y Serranía de Perijá, como

respuesta a la bonanza cafetera que vivía Colombia. La mayoría de los cultivos de café se dieron en la zona adyacente a Santa Marta, Valledupar y Villanueva.

4. La Sierra Nevada durante los primeros años de la República

En el período republicano, las relaciones comerciales con países como Inglaterra, Francia, Holanda y Estados Unidos, obligaron a la nueva república a que vinculara nuevos territorios para la producción de bienes agrícolas de creciente demanda en los mercados internacionales, así como contar con una mayor población articulada al sistema comercial. En ese contexto se da una pequeña ola migratoria luego de la Independencia, como la de comerciantes judíos de Curazao hacia La Guajira, que luego se ampliará hacia las otras ciudades del Caribe colombiano⁵.

Para el caso de Riohacha, esta ciudad vivió una época de prosperidad comercial relacionada con el boom forestal que se extraía de su hinterland - provincia de Padilla, entre las décadas de 1840 y 1870. El palo de brasil y el dividivi eran recogidos por campesinos en la zona cercana a Valledupar, y eran despachados a Riohacha por comerciantes extranjeros en su mayoría, que los exportaban a Curazao y de allí a puertos de Holanda, Inglaterra o Francia (González, 2005, pp. 70-72).

Las conexiones comerciales y familiares de La Guajira con las Antillas Holandesas son de vieja data, muchas de las cuales se remontan al período colonial. De Curazao procedía el comerciante que marcó la vida económica de Riohacha y su área de influencia entre las décadas de 1830 y 1880: Nicolás Danies, el hombre más acaudalado de la región y el principal prestamista de la ciudad. Entre sus muchas propiedades, Danies adquirió una hacienda y un trapiche en Dibulla, entre el mar Caribe y las estribaciones de la Sierra Nevada (Viloria, 2014, p. 145). También impulsó el proyecto de ferrocarril entre Riohacha y Valledupar, a través de la provincia de Padilla, pero este nunca prosperó por falta de apoyo gubernamental.

⁵ En la década de 1860 el comercio por la aduana de Riohacha fue intenso y los judíos de Curazao tenían una fuerte participación en el mismo. Entre 1867 y 1868, el comercio de animales, cueros de chivo y de res, dividivi y palo de Brasil fue del orden de \$52.316, mientras el comercio directo de animales en Riohacha y Barrancas ascendió a cerca de 111 mil pesos. Cfr. Uribe (1986, pp. 6 y 7).

Luego de la Independencia, se dan las primeras recomendaciones e intentos colonizadores: los proyectos impulsados por Joaquín de Mier y el coronel Joaquín Acosta en 1825 y 1851. La escasez de mano de obra a partir de la segunda década del siglo XIX, llevó a Joaquín de Mier a plantear en 1825 un ambicioso plan de inmigración y colonización de la Sierra Nevada de Santa Marta, teniendo como socios a prominentes figuras de la Independencia como Pedro Gual, Lázaro María de Herrera, Juan Langlade, Marcelino Núñez, Juan Pavajeau, Carlos Soublette y los hermanos Montilla, entre otros. El proyecto consistía en colonizar cerca de 200.000 fanegadas de baldíos nacionales, para instalar allí una colonia agrícola integrada inicialmente por 60 familias extranjeras, dedicadas básicamente al cultivo del café (Mier, 1975, p. 33). El Congreso no adjudicó a la empresa colonizadora los baldíos solicitados. También el gobernador de la provincia de Santa Marta Juan Antonio Gómez propuso en la década de 1830 la colonización de la Sierra Nevada con inmigrantes europeos. La idea no prosperó al necesitarse agentes privados a quienes se les debía cancelar los pasajes y la manutención de cada uno de los colonos reclutados (Bermúdez, 2012, p. 140).

Después de la manumisión de los esclavos ocurrida en 1850, se presentó en toda Colombia una escasez de trabajadores agrícolas. Ante esta circunstancia, de nuevo Joaquín de Mier decidió traer de Génova (Italia) cerca de cincuenta agricultores, con quienes esperaba convertir a Minca en un próspero cafetal, como lo había sido en épocas pasadas. Luego de tres meses de permanencia en la plantación, los genoveses dejaron el lugar para dirigirse en su mayoría al pueblo de Fundación, ubicado en las estribaciones de la vertiente occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta, para colonizar terrenos baldíos (Reclus, 1992, p. 133).

En 1851, el gobierno del general Tomás Cipriano de Mosquera destinó 100.000 pesos para financiar una expedición del coronel Joaquín Acosta, con la finalidad de determinar el lugar más adecuado para impulsar una colonización agrícola en la Sierra Nevada. Acosta propuso emprender simultáneamente dos colonias agrícolas en la Sierra Nevada, con cincuenta familias cada colonia: la primera en las inmediaciones de Ciénaga, en las cabeceras del río Córdoba, entre los 1.000 y 2.000 m.s.n.m. y la segunda en el valle de Chinchicúa, cabeceras del río Ariguaní, área de influencia del Valle de Upar, con una extensión de 30.000 fanegadas. Por el contrario, no recomendaba impulsar colonizaciones en la vertiente nororiental entre Bonda y Dibulla, por la dificultad de penetración a la montaña y la falta de vías de

penetración. Esta situación dificultaba la comunicación con los mercados de Riohacha, Santa Marta o Barranquilla (Acosta, 2005).

Esta subregión también presentaba el problema de las altas condiciones de humedad, muy susceptible para el desarrollo de enfermedades tropicales. Señalaba Acosta que alrededor de Santa Marta ya existía una hacienda cafetera y cañera (Minca), desarrollada a través de los años por diferentes familias pudientes de la ciudad. Ante esta circunstancia, el coronel Acosta no recomendaba emprender un proyecto de colonización en esta zona, para evitar enfrentamientos judiciales con sus propietarios. Este proyecto colonizador tampoco se desarrolló.

Por su parte, el geógrafo inglés F. Simons consideraba que la zona entre los ríos Badillo y Ranchería, en el costado oriental de la Sierra Nevada, era la apropiada para establecer colonias agrícolas, tomando a San Juan como punto de partida para la colonización. A su turno, el Obispo Rafael Celedón recomendaba las tierras aledañas a Atánquez y San Sebastián de Rábago, actualmente llamada Nabusímake, zona habitada por indígenas ikas y kankuamos, ubicada en la zona de influencia de Valledupar. Decía el padre Celedón que San Sebastián hubiera sido el lugar más indicado para organizar una colonia agrícola de inmigrantes europeos, sino fuera por las dificultades de comunicación hasta los puertos de Riohacha y Santa Marta, a más de cuatro días de camino (Uribe, 1986, p. 25).

Una de las rutas de acceso a Nabusímake era por Valencia de Jesús y Pueblo Viejo, rebautizado este último como Pueblo Bello, ubicado a 1.000 metros de altitud. Sus principales cultivos eran caña de azúcar, a partir de la cual elaboraban panela, y en menor medida café (Cabot, 1939, p. 600).

En el mismo sentido, Simons (1882, p. 18) planteaba que se abriera un camino entre San Sebastián y Fundación, a través del río de su mismo nombre. La distancia a Santa Marta sería de dos jornadas “y para colonia de inmigrantes me parece una excelente localidad”. En 1870 San Sebastián tenía una población de 700 personas, pero el retorno de la Misión Capuchina en 1918 generó un éxodo masivo. El pueblo permanecía vacío y se ocupaba una vez al año, en la época de las fiestas del patrono (Cabot, 1939, p. 598).

Estos proyectos de colonización surgían en torno a la expectativa del crecimiento de la agricultura colombiana y sus exportaciones. En este contexto, en la segunda mitad del siglo XIX se inició la expansión cafetera en las regiones andinas de Colombia. Durante más de un siglo el sector cafetero se convirtió en el dinamizador de la economía colombiana e impulsó el sistema de transporte nacional, especialmente el de los ferrocarriles.

El departamento del Magdalena no fue la excepción. En cuatro décadas (1874-1913), la producción cafetera del Magdalena dio un considerable salto cuantitativo, al pasar de 12 a 1.500 toneladas de café, con una participación del 2,4% del agregado cafetero (Viloria, 2014, p. 55). Este crecimiento se explica en gran medida por la colonización cafetera de la vertientes norte y suroriental de la Sierra Nevada de Santa Marta, iniciada a finales del siglo XIX por empresarios extranjeros en su mayoría. Entre mediados del siglo XIX y 1910 se fundaron las más renombradas empresas o haciendas cafeteras de la región de Santa Marta, como Minca, Jirocasaca, La Victoria, Cincinnati, Onaca, María Teresa y El Recuerdo, así como la hacienda El Toro, en Villanueva, Serranía del Perijá.

5. Intentos de colonización planificada

En Colombia, la idea de progreso y modernización se asoció con la inmigración europea, no sólo de mano de obra escasamente calificada, sino, sobre todo, de personas con formación y experiencia en diversos campos de la actividad productiva. En 1823, a escasos años de haber logrado la Independencia, el gobierno nacional expidió un decreto para promover la inmigración de europeos y norteamericanos (Hernández y Hernández, 1990, p. 64). Este proyecto fue similar en la mayoría de países americanos recién independizados y buscaba aumentar la población de origen caucásica, en detrimento de los inmigrantes chinos, indios (hindúes), árabes o judíos. Así mismo, los inmigrantes blancos recibían una acogida diferente, dependiendo de su lugar de origen. En el caso de Argentina, en la escala superior se ubicaban los nórdicos, integrados por escandinavos, anglosajones y alemanes; luego venían los franceses y vascos; más abajo los españoles y los italianos y, por último, los *turcos* (árabes) y judíos (Kabchi, 1997, p. 36). En el caso colombiano no se han hecho estudios pormenorizados al respecto, pero se sabe que en diferentes ciudades de la costa Caribe se abogaba por una inmigración de escandinavos, alemanes, belgas, españoles, franceses y

suizos principalmente. Algunos escribían en contra de la “inmigración perniciosa” del Medio Oriente (sirios, libaneses y palestinos), de judíos e incluso de italianos (Revista de la Cámara de Comercio de Barranquilla, 1931; *El Espía*, 1915).

En la misma línea nacieron las tres principales leyes que buscaban fomentar la inmigración a Colombia, asociadas al auge de productos de exportación: las dos primeras (1847 y 1871) estuvieron relacionadas con las bonanzas exportadoras de tabaco y quina, mientras la de 1892 se asoció con el crecimiento de la economía cafetera.

A diferencia de países como Argentina, Brasil o Chile, para esa época Colombia no disponía de una fuerte actividad económica que demandara de manera masiva la introducción de mano de obra foránea. Esto significó, que el ideal de la inmigración fuera un proyecto básicamente estatal, de escasa relación con la actividad productiva desarrollada por el sector privado. Esto llevó a que “la inmigración en Colombia durante el siglo XIX se caracterizara también por su fracaso casi absoluto” (Martínez, 1997, p. 7). En ese contexto, se dan las primeras recomendaciones e intentos colonizadores de la Sierra Nevada de Santa Marta.

El desconocimiento que los exploradores y potenciales colonizadores tenían de la topografía y de las inclemencias climáticas de la Sierra Nevada, fueron una de las causas que llevaron a la mayoría de empresas colonizadoras al fracaso. En esta línea se enmarca la fallida explotación agrícola del geógrafo francés Eliseo Reclus en 1855. Reclus (1992) llegó a Barranquilla y de ahí emprendió su viaje por los caños de la Ciénaga Grande hasta Puebloviejo, Ciénaga, Gaira y Santa Marta, donde exploró los alrededores de la ciudad. Luego llegó a Riohacha por vía marítima, donde Reclus se propuso emprender sus planes de colonización y de agricultura “en algún valle de la Sierra Nevada”, que resultó ser el valle de San Antonio, en la zona media del río Chirúa. Para el efecto, se asoció con el primero que se le atravesó en su camino: “Don Jaime Chastaing, el carpintero francés (de 70 años)... me rogó que lo aceptase como socio, y tuve la debilidad de convenir” (Reclus, 1992, p. 203).

No cabe duda que Reclus fue víctima no sólo de las enfermedades tropicales, sino también de la improvisación y la escasa organización de la empresa. Escogió un sitio no recomendado por el coronel Joaquín Acosta, al ser de climas malsanos en la parte baja del valle, por donde obligatoriamente debían pasar y pernoctar en su camino entre Riohacha y San Antonio.

La ley del 9 de junio de 1871, “Sobre protección de los inmigrantes extranjeros”, se fundamentaba en la inmigración espontánea y no en los proyectos de inmigración masiva. La ley autorizó la creación de juntas de inmigración en los diferentes puertos y ciudades principales, siendo las más dinámicas las de Barranquilla y Santa Marta. Previamente, en Santa Marta se había creado la Sociedad de Inmigración y Fomento, el 21 de diciembre de 1870, y la Compañía Anónima de Inmigración y Fomento, el 9 de abril de 1871. El Decreto Ejecutivo del 29 de junio de 1871 creó las Juntas Corresponsales de Inmigración en las poblaciones magdalenenses de Ciénaga, Valledupar, San Juan del Cesar, El Banco, El Paso y Fundación (Bermúdez, 2012, p. 161).

En 1872, el Presidente de la República “brindó protección a la inmigración cubana causada por la guerra”, y en Santa Marta se organizó una junta protectora presidida por el empresario Manuel Julián de Mier. La ley de 1871 dispuso que el inmigrante debiera ser agricultor, tener conocimientos en ganadería y ser originario de Europa, aunque reconocía que los canarios y cubanos, así como los ingleses, franceses y holandeses caribeños (europeos nacidos o criados en sus colonias del Caribe), tenían la ventaja de una más fácil integración cultural y climática.

En función de la Ley 155 de 1871, el Estado Soberano del Magdalena cedió al gobierno nacional los “Territorios de la Nevada y los Motilones”, para efectos de emprender programas de colonias agrícolas con población blanca, con campesinos vasco-españoles, franceses, alemanes o colombianos de origen andino (Gaceta Oficial). Este territorio escasamente poblado, tenía en su conjunto 3.673 personas, en el que sobresalían dos pueblos: Atánquez, su capital y sede del prefecto, con 800 habitantes, y San Sebastián de Rábago, con 700 (Gómez, 1970). Otros asentamientos menores eran San Antonio, San Miguel, Marocaso y El Rosario, todos con población mayoritariamente indígena. En cada uno de estos pueblos había un corregidor.

La década de 1870 fue de varias iniciativas colonizadoras, pero en realidad estaban más enmarcadas por el romanticismo generado por la belleza de la Sierra Nevada, que por estudios serios que indicaran la conveniencia o viabilidad de poblar este territorio. En ese contexto bucólico de imaginarse Suiza en la Sierra, un joven de 17 años nacido en Riohacha, decidió emprender un viaje al corazón del macizo montañoso, en compañía de unos pocos

indios arhuacos: calzó sus botas, se vistió de caqui, se encasquetó su gorro de colonizador, se colgó el morral en la espalda, machete al cinto y arma de fuego en bandolera, “por si acaso los tigres” o para ser más precisos, para protegerse de un ataque de jaguar o de otro felino presente en la zona.

Ese joven riohachero se llamaba Ramón Goenaga y en 1872 decidió penetrar una parte de la Sierra Nevada, en la ruta Riohacha, Dibulla (sobre el mar Caribe), Quebrada Andrea, Pueblo Viejo (1.400 m.s.n.m.), San Miguel (1.800 msnm) y Santa Rosa. De esta población caminó durante tres jornadas, hasta llegar al caserío indígena de Multkuagakné, en el valle medio-alto del río Palomino (Goenaga, 1932, p. 14). Al respecto dice el padre Del Real: “Palomino, propiamente, no existe; el esfuerzo de mi querido amigo el doctor Goenaga, por hacer una bonita población en este lindo lugar y comunicarlo con la costa, se perdió completamente, por los azares de la última guerra (de los Mil Días)”(Del Real, 1912, p. 12). Dice el mismo autor que el valle del Palomino era el mayor que había visto en la parte media-alta de la Sierra Nevada y lo recomendaba ampliamente para su colonización. Allí se podía cultivar caña de azúcar, maíz, yuca, café y algunas verduras. Pero seguía siendo tan desconocida la Sierra Nevada en esa época, que en 1873 el gobierno nacional destinó un monto significativo para premiar a la primera persona que atravesara el macizo montañoso (Guhl, 1950, p. 111).

En 1872 el Congreso de la República aprobó una ley de ayuda financiera para la compañía de inmigración de Santa Marta y dos años después determinó una asignación de cien pesos de ayuda financiera a cada uno de los colonos: “El fracaso no podrá imputarse esta vez ni a la penuria de los dineros públicos, ni a la ausencia de fiabilidad de los negociantes de la inmigración” (Martínez, 1997, p. 30).

Mediante Ley del 30 de abril de 1873, el gobierno colombiano concedió al explorador y empresario francés Jean-Elie Gauguet 2.500 hectáreas en la vertiente norte de la Sierra Nevada. El explorador propuso traer cien colonos franceses, de los cuales sólo llegaron unos pocos familiares de Gauguet. En su Colonia agrícola de Sainte Solange, los franceses pretendían sembrar uvas y trigo.

Gauguet escogió para su explotación agrícola el sitio de Quebrada Andrea, cerca de Dibulla y del mar Caribe, actual departamento de La Guajira. Dos décadas antes, el también francés

Reclus había pasado por esta zona y la describió como pantanosa, insalubre, plagada de insectos y animales ponzoñosos (Reclus, 1992). Para esa época, algunas de las enfermedades en la Sierra Nevada eran fiebre amarilla, paludismo o malaria, hepatitis B y tuberculosis. Estas enfermedades se podían agravar por las inclemencias climáticas en la zona plana de la vertiente nororiental de la Sierra, escogida por Gauguet para su colonia agrícola. Sobre este intento de colonización en quebrada Andrea, plantea Simons (1992, p. 16):

Las ventajas de los puertos de mar más inmediatos, solo son una apariencia para colonias extranjeras que quieran establecerse en este lado (norte) de la Nevada, que está infestado de insectos de toda clase... Además, todo el espacio entre el mar y el cerro es malsano a causa del cieno y de los detritus graníticos que arrastran los ríos y van depositándose en las orillas del mar.

En época de estiaje o seca, se taponan la boca de los ríos lo que genera pantanos, madre-viejas o aguas estancadas en las zonas bajas, el nicho perfecto para la proliferación de mosquitos.

Las enfermedades tropicales frustraron este nuevo intento colonizador, al cobrar la vida de varios de los colonos franceses, entre ellos Santiago Gauguet y sus tres hijos, víctimas de la fiebre amarilla (Celedón, 1986, p. 9; Krogzemis, 1967, p. 132). Esta empresa de colonización fracasó debido a que los colonos franceses desconocieron las advertencias realizadas por otros exploradores europeos y colombianos, con respecto a las condiciones climáticas de la zona y las dificultades de penetración. A pesar de que los franceses tenían una historia de colonización de varios siglos, Gauguet escogió uno de los peores sitios de la Sierra para fundar su colonia agrícola: un bosque virgen, clima cálido y húmedo, propenso para las enfermedades tropicales. Las fiebres y la plaga acabaron con casi todos los individuos de la colonia (Del Real, 1912, p. 36). De esta forma, la improvisación y el desconocimiento, junto con la fiebre amarilla, frustraron otro intento de empresa agrícola en la Sierra Nevada de Santa Marta.

Un nuevo proyecto colonizador fue impulsado por el general José María Louis Herrera, político y agricultor, quien encabezó varios levantamientos armados y también se desempeñó como gobernador del Magdalena. Louis Herrera, motivado por los incentivos que ofrecía la

Ley 1ª de 1881, decidió impulsar la “Colonia Mutis”, una empresa agrícola en “Cerro Pintao” o Sierra del Pintado, a 1.600 m.s.n.m. La colonia estaba ubicada en la parte alta de Urumita, un sitio de clima agradable y tierra fértil de la Serranía del Perijá. La construcción de la “Colonia Mutis” se inició en enero de 1882 y fue terminada en marzo de 1884 (La Girona, 1884).

La colonia agrícola estaba conformada por dos casas grandes con tres viviendas cada una; dos casas medianas de dos viviendas cada una y una casa independiente que servía de habitación para el general Louis Herrera. Las primeras diez viviendas estaban destinadas para diez familias de colonos, que en total sumaban 46 personas procedentes de los departamentos andinos de Boyacá y Cundinamarca. Estas casas tenían techos de paja y amplios alares a su alrededor, para cubrirse de la lluvia, similar a las casas del altiplano cundiboyacense. Cada casa tenía un patio para sembrar legumbres y frutas, además de otros terrenos para cosechar productos como papa, trigo, anís y avena (La Girona, 1884; La Voz, 1882). Aunque en principio la producción fue buena, con el paso de los meses fue mermando hasta acabarse la colonia. La principal causa del fracaso se asoció con la baja calidad de los colonos y sus dificultades para adaptarse a las condiciones ambientales y socioculturales de la Costa Caribe (Goenaga, 1890, p. 198). Así mismo, ante el incumplimiento de los compromisos por parte del general Herrera y del propio Gobierno, algunas familias se regresaron y otras se dispersaron por la provincia de Padilla, en busca de mejores condiciones económicas (Sievers, 1887, p. 172). Luego de su fracaso como empresario colonizador y de su aislamiento político, el general Louis Herrera se retiró a su hacienda *Quita Pesares*, ubicada en el Cerro Pintado, entre las poblaciones de Villanueva y Urumita. Allí murió el 16 de noviembre de 1892 (Martínez, 2006, p. 312).

Para la misma época en que inició la “Colonia Mutis”, J. E. Gauguet volvió a Colombia con otro proyecto para colonizar la Sierra Nevada, once años después de la tragedia familiar que implicó el primer intento. Ahora, como miembro de la junta directiva de la *Société de Géographie Commerciale* de París, se encontraba impulsando en Francia la *Société Anonyme de Colonisation de la Sierra Nevada*. En febrero de 1884 Gauguet le escribió una carta a Eliseo Reclus, en la que le exponía su proyecto de colonizar 2.500 hectáreas en las inmediaciones de Dibulla, vertiente nororiental de la Sierra Nevada. En su respuesta, Reclus

previene a Gauguet de los peligros que implica administrar o dirigir una empresa a distancia (sea en París, Cartagena o Santa Marta), empleando trabajadores que no fueran propietarios. También le indicaba de las dificultades de la aclimatación de los colonos europeos al trópico, la propagación de plagas y la falta de medios de transporte (Baudouin, 2004, p. 9).

Con respecto al sitio escogido por Gauguet para emplazar su empresa, Reclus consideraba que era inadecuado por ser una zona de pantanos, condiciones climáticas adversas, presencia endémica de enfermedades tropicales y falta de infraestructura. Ni Reclus ni Gauguet tuvieron éxito como empresarios agrícolas en la Sierra Nevada de Santa Marta, porque subestimaron las condiciones físicas, económicas y culturales de la región que pretendían colonizar. En la Sierra Nevada la geografía y la falta de incentivos concretos le ganó la partida a la colonización planificada.

El idealismo colonizador seguía su curso: en 1884, José Manuel Goenaga propuso impulsar colonias en la Sierra Nevada con agricultores europeos y abrir un camino que comunicara esa colonia agrícola (San Sebastián de Rábago) con Aracataca, cercana a la ciénaga Grande. Goenaga recoge las propuestas de otros trabajos y plantea que esos terrenos adecuados están disponibles en la quebrada Chinchicúa, con cerca de 30.000 fanegadas, así como en otras poblaciones indígenas como Palomino, San Miguel, Taquina, Macotama, Guamaca, San Antonio, Pueblo Viejo, Santacruz, Marocaso, la Sierrita, San José, Atánquez o en inmediaciones de Barrancas, Fonseca y Villanueva (Goenaga, 1932, pp. 8-10).

A pesar de los fracasos colonizadores, seguían surgiendo iniciativas particulares. En 1889 los empresarios franceses H. Penon, P.E. Gerard, H. Candelier y H. LeGrand crearon en París la sociedad “Colonia Francesa de Colombia”, con la finalidad de explorar la minería del oro y emprender proyectos agrícolas en los terrenos entre los ríos Buritaca y Don Diego. En 1889 el francés Heliodoro Candelier compró unos terrenos de 614 hectáreas en la zona de Buritaca, municipio de Santa Marta. Candelier residía en el departamento del Magdalena y actuaba como apoderado de la Société Penon et C., de la que eran socios, además de Penon, Gerard, Candelier y LeGrand (AHMG, 1889). En 1893 a estos empresarios les adjudicaron en Don Diego 3.000 hectáreas de terreno, en donde desarrollaron una empresa agropecuaria con cultivos de cacao y ganadería principalmente.

De acuerdo con el informe de un viajero de 1894, en la colonia francesa del Don Diego “veinte mil pies de café se hallaban en pleno rendimiento, otros treinta mil prometían ser admirables y un sembrado de cerca de doscientos mil anunciaba mucho para el porvenir. La cantidad de cacao era notable y, junto al arroz, el maíz y la caña de azúcar, formaba campos inmensos” (Sogler, 2017, p. 645). Este proyecto de cacao, café y ganadería se desarrolló con éxito durante varios años, entre finales del siglo XIX y principios del XX.

Un informe de 1895 da cuenta del cacao silvestre que se encontraba en la vertiente nororiental de la Sierra Nevada, entre las poblaciones de Dibulla y Treinta, cerca de Riohacha. Thomson encontró que el cacao que se producía en esta región del Caribe colombiano se destinaba en una alta proporción a la exportación, mientras el cacao del interior del país se consumía a nivel nacional. Este explorador encontró en las estribaciones de la Sierra Nevada el cacao silvestre, “el verdadero *cacao Theobroma*”, a lo que concluye: “el resultado de mi excursión a la Sierra Nevada anula mis impresiones anteriores (negativas) ... el cacao silvestre es ´por excelencia´ la clase que debe cultivarse en toda la República” (Thomson, 1895).

En la última década del siglo XIX, el italiano Carlo Vedovelli hizo un viaje de exploración a la Sierra Nevada de Santa Marta. Se trataba de un explorador experimentado, quien había viajado durante el período 1857 – 1869 por diferentes países de Europa, África, Medio Oriente, India y China. En efecto, en 1892 el gobierno colombiano le hizo una concesión de 200.000 hectáreas en la Sierra Nevada. Su proyecto consistía en crear una sociedad por acciones, con el respaldo de la “Sociedad de Exploración Comercial en África” con sede en Milán, con un capital de siete millones de liras (cada acción tendría un valor de 50 liras), y poder instalar en un lapso de tres años ocho mil colonos italianos en la Sierra Nevada (Vedovelli, 1892, pp. 15-22).

El proyecto de colonización con italianos no cayó bien en el sector más conservador de la opinión pública, quienes todavía recordaban un incidente diplomático que hubo entre Colombia e Italia, llamado “La Cuestión Cerruti”⁶. La prensa católica fue una de las más

⁶ En 1885 el ejército conservador confiscó las propiedades del italiano Ernesto Cerruti, rico comerciante radicado en Popayán, al ser acusado de colaborar con los ejércitos liberales. Encarcelado por las autoridades del Cauca, tropas italianas desembarcaron en el puerto de Buenaventura y lograron la liberación de Cerruti. Como el gobierno colombiano se negaba a pagar una

críticas del proyecto: “Ocho mil Cerruti dicen que serán traídos a poblar la Sierra Nevada de Santa Marta. Si un Cerruti nos ha bastado para darnos la carga que nos ha dado ¿qué haremos con ocho mil?... En la Argentina, ya no saben qué camino tomar con los italianísimos” (Cappelli, 2006, p. 28).

Cuadro 1
Resumen de los proyectos de inmigración o colonización planificada en la Sierra Nevada de Santa Marta (SNSM) durante el siglo XIX

| Año | Proyecto | Socios y otros datos |
|-------------|---|---|
| 1825 | Colonia Agrícola o Plan de inmigración y colonización de la SNSM. Solicitud de 200.000 fanegadas. El Congreso lo negó. | P. Gual, Lázaro M. Herrera, J. Langlade, M. Núñez, J. Pavajeau, C. Soubllette, hermanos Montilla. |
| 1850 | Inmigración de agricultores de Génova (Italia): 50 colonos para Minca. Los colonos abandonaron el proyecto a los pocos meses. | Joaquín de Mier. |
| 1851 | Expedición del cor. Joaquín Acosta, para localizar el sitio indicado para hacer una colonización de la SNSM. | Gobierno colombiano aportó 100.000 pesos para adelantar la expedición. |
| 1855 | Proyecto de exploración agrícola en la Sierra Nevada, vereda San Antonio, arriba de Dibulla. La colonia fracasó. | Eliseo Reclus y Jaime Chaistaing (franceses). |
| 1870 y 1871 | Sociedad de Inmigración y Fomento (1870) y Compañía Anónima de Inmigración y Fomento (1871) de Santa Marta. | Estado Soberano del Magdalena. |
| 1871-1886 | Territorio de la Nevada y los Motilones cedidos al Gobierno Nacional. Se buscaba un poblamiento blanco. | Gobierno Nacional. |

indemnización, en 1898 el gobierno italiano dispuso la utilización de cinco cruceros de guerra en las costas colombianas, entre Cartagena y Buenaventura, y apoderarse de la Aduana de Cartagena para cobrarse la indemnización. Esta amenaza militar obligó a Colombia a pagar una indemnización superior a los 5,6 millones de pesos de la época (Valencia Llano, 1988).

- 1873 Colonia Agrícola de Sainte Solange. Jean-Elie Gauguet (francés)
 Concesión de 2.500 has. en la vertiente norte y su familia.
 de la SNSM. Quebrada Andrea, cerca de
 Dibulla. Enfermedades tropicales acabó la
 colonia.
- 1882- Colonia Mutis, empresa agrícola en Cerro Gral. José M. Louis Herrera.
 1885 Pintao, Villanueva. Fracasó.
- 1884 Colonia de la Sociedad Anónima de Jean-Elie Gauguet.
 Colonización de la Sierra Nevada, cerca de
 Dibulla. Fracasó.
- 1884 Propuesta en el Congreso de la República de José Manuel Goenaga,
 impulsar una colonia agrícola en San Sebastián ponente.
 de Rábago o Quebrada Chichicúa.
 Construcción de camino entre San Sebastián y
 Aracataca. No se aprobó.
- 1889 Sociedad “Colonia Francesa de Colombia”, H. Penon, P. Gerard, H.
 ubicada entre los ríos Buritaca y Don Diego. Candelir y H. LeGrand
 (franceses).
- 1892 Concesión para colonia italiana: 200.000 Carlo Vedovelli (italiano).
 hectáreas. Fracasó.
- 1893- Colonia Agrícola de Taminakka, vertiente Joseph de Brettes y Georges
 1895 nordeste de la Sierra Nevada. Fracasó. Sogler, exploradores
 franceses.
- 1899 Proyecto de los capuchinos, 25 hectáreas para Padre capuchino José de
 cada familia de colonos españoles. No se Valdeviejas.
 realizó.

Fuente: El autor.

Esta empresa de colonización tuvo varios contradictores, quienes no veían en Italia ni en los italianos los portadores del progreso. Por el contrario, escribían algunos, en Colombia se debería impulsar una inmigración desde los países escandinavos, región “poblada por los más

hábiles, fuertes y morigerados trabajadores” (Anales de la Cámara de Representantes, 1892, p. 240). Como era de esperarse, con tantos contradictores esta iniciativa también fracasó.

Otro de los proyectos de colonización lo impulsaron los exploradores franceses, el vizconde Joseph de Brettes y Georges Sogler en el valle del Taminakka, a 1.400 metros de altura, en la vertiente nororiental de la Sierra Nevada. De Brettes había sido contratado por el Gobernador del Magdalena como jefe de la Comisión Geográfica Exploradora del Magdalena y rindió su informe en 1893 (Niño, 2017, pp. 153-171; De Brettes, 2017).

En agosto del año siguiente, De Brettes y Sogler llegaron a Santa Marta para formalizar su proyecto colonizador en la Sierra Nevada, se desplazaron a Riohacha, luego a Palomino, La Cueva y de ahí emprendieron el ascenso al valle de Taminakka, territorio kogui donde dispusieron llevar a cabo su empresa de colonización agrícola. En 1893, los dos franceses habían sido comisionados por el Gobernador del Departamento del Magdalena, general José María Campo Serrano, para abrir un camino entre las montañas de la Sierra Nevada, desde Taminaka, en la parte media del río Palomino, hasta Riofrío, pueblo ubicado en la Zona Bananera y estación del ferrocarril (Sogler, 2017, pp. 589-590, 631 y 636).

El proyecto colonizador contaba con el respaldo del gobierno departamental, pero era visto con desconfianza por las autoridades indígenas kogui, quienes se opusieron discretamente al proyecto, al no ofrecer su mano de obra a los colonizadores: “Alegaban que las sabanas de la Nevada eran de ellos y no entendían por qué venían a molestarlos” (Sogler, 2017, p. 637). Además de lo anterior, el estallido de la guerra de 1895 también influyó para frustrar este nuevo intento de colonización en territorio indígena.

Todos los proyectos de colonización establecidos en la periferia de la Sierra Nevada, así como en la montaña misma, se desarrollaron en zonas aisladas. Esta circunstancia, adicional a la falta de dinero de los bancos en la subregión, permitió que en varias haciendas circularan fichas o monedas internas, al igual que en las grandes haciendas cafeteras de la Sierra Nevada y el interior del país. Esto fue una antigua práctica colonial para minimizar los pagos en metálico. Es decir, que se pagaba a los peones en especie o con fichas, que solo podían gastar en el comisariato de la hacienda para hacerse a los alimentos y artículos de primera necesidad.

Al pagar a los peones en ficha y no en dinero, se impedía la competencia de precios y por tanto era más difícil el ahorro y la acumulación⁷.

Esta situación de pago con fichas pudo ser uno de los factores que desincentivaron la inmigración europea. Para la época, el trabajo asalariado ya estaba en auge en los países más desarrollados de Europa y Norteamérica, y empezaba a imponerse en los países latinoamericanos que recibían los mayores flujos migratorios en la región como Argentina, Brasil, Cuba o México. Ante estas circunstancias, muchos de los trabajadores de estas haciendas, nacionales o extranjeros, se marchaban a otras actividades económicas de corte capitalista, donde les pagaran su jornal en numerario. Otros, por su parte, intentaron convertirse en emprendedores del sector agropecuario, colonizando tierras baldías con su propio esfuerzo.

En síntesis, el proyecto de inmigración y colonización planificada para la Sierra Nevada de Santa Marta no pasó de meras intenciones de políticos locales y exploradores extranjeros. Por el contrario, se impuso la colonización espontánea y el establecimiento de grandes haciendas cafeteras organizadas en torno a familias extranjeras. Para el geógrafo E. Guhl (1950, p. 120), “La realidad ha demostrado que la colonización espontánea ha sido efectiva en tanto que la dirigida ha fracasado”.

6. Configuración del cinturón cafetero: Sierra Nevada y Serranía del Perijá

En la Sierra Nevada los intentos españoles por establecer asentamientos humanos o explotaciones agrícolas no prosperaron. Se organizaron varias misiones religiosas en territorios de la Guajira, Sierra Nevada y Serranía de Perijá, con el fin no sólo de evangelizar a la población indígena, sino también producir bienes agropecuarios que sirvieran para el autoconsumo y hacer trueque con otras comunidades cercanas.

⁷ En las primeras décadas del siglo XX, la empresa norteamericana *United Fruit Company* pagaba a sus trabajadores con vales que debían redimir en los comisariatos de la Compañía. Esta situación generó inconformismo entre los obreros y se convirtió en una de las motivaciones de la huelga bananera de 1928 (Viloria, 2014, p. 119).

En el plano económico, a finales del siglo XVIII Minca fue referenciada como una plantación de caña de azúcar y café. A principios del siglo XIX, entre 1800 y 1818, Pablo Oligós y su esposa Ana Teresa Díaz Granados empezó a desarrollar los cafetales de Minca, reconocida como una las primeras haciendas cafetaleras de Colombia (AHMG, 1817).

De manera aislada e independiente algunos cultivadores empezaron a explorar cultivos como el café y el cacao. Uno de los primeros agricultores que en el Nuevo Reino de Granada sembró café con fines comerciales fue el francés Pedro Cothinet, quien se estableció originalmente en Santa Marta a partir del año 1786. Seis años después fue nombrado juez y alcalde de San Carlos de la Fundación, en las estribaciones occidentales de la Sierra Nevada.

En 1818 Pedro Cothinet tenía una hacienda a tres leguas de la Fundación, en la que había cultivado cerca de 17.000 árboles de cacao, tenía 4.000 arbustos de café en producción y 1.000 árboles de otras especies. Ese mismo año, la cosecha de esta plantación y otras adyacentes fue de 260 arrobas de café (2.950 kilogramos). La correspondencia y la mortuoria de Cothinet confirma que tan antiguo como la hacienda de Minca en la vertiente norte de la Sierra Nevada, resultó el cafetal de este francés en la vertiente occidental (AHMG, 1917-1919, folios 356-450).

Ana Teresa Díaz Granados vendió Minca en 1818 a Manuel de Ujueta y Bisais, y diez años más tarde la compraron Juan Modesto de Vengoechea y José María del Castillo. En 1838 la hacienda pasó a ser propiedad de los hermanos Martín y Manuel Avendaño y en el mismo año se la vendieron a Joaquín de Mier y Benítez Banco de la República, 1997; Reclus, 1992)⁸. En 1892 Manuel Julián de Mier la vendió a su hijo José María Leyva, quien fue su propietario hasta mediados del siglo XX. Tanto Reclus como Celedón hacen referencia a las calidades del café producido en esta zona. El padre Celedón llega a afirmar que en Minca “se produce quizá el mejor café de toda la República” (Uribe, 1986, p. 25).

Otra de las haciendas históricas fue Jirocasaca. Entre 1868 y 1870, el empresario y político samario Martín Salzedo Ramón adquirió unos terrenos de 534 hectáreas, dando origen a esta

⁸ A mediados del siglo XIX, la hacienda Minca fue visitada al menos por dos europeos que dejaron sus impresiones plasmadas en acuarelas y escritas en papel: Edward W. Mark pintó varias acuarelas sobre Santa Marta y sus alrededores entre 1843 y 1845.

hacienda cafetera. De esa época datan los primeros cultivos de café en la zona, los cuales en 1892 “se hacían de manera científica y comercial”, al decir de un cafetero norteamericano (Flye, 1935, p. 27). En 1896 Jirocasaca fue comprada por el explorador francés Georges Sogler, el que a su turno negoció los terrenos dos años después con la Sociedad de Plantaciones y Minas de la Sierra Nevada de Santa Marta, empresa francesa domiciliada en París.

A partir de la década de 1890 la vertiente Norte de la Sierra Nevada se convirtió de nuevo en atractiva para explotaciones cafeteras impulsadas en su mayoría por empresarios extranjeros, quienes supieron aprovechar fortalezas como la ubicación estratégica frente al mar Caribe, así como la calidad y tamaño del grano producido en esta zona del país. En este período se consolidó la caficultura comercial del Magdalena a partir de haciendas como Minca, Jirocasaca, La Victoria, Cincinnati y Vista de Nieve.

En 1898, Jirocasaca se organizó como empresa, cuyo objetivo inicial fue la explotación de oro. Ante la inexistencia del precioso metal, los franceses se dedicaron a la siembra y comercialización del café. En estos años y hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914), en la hacienda se estructuró una organización vertical que se apoyaba en ingenieros y administradores traídos desde Francia. Para finales del siglo XIX y principios del XX, la hacienda Jirocasaca llegó a tener una extensión de 2.184 hectáreas, de las cuales 200 estaban dedicadas al cultivo del café.

Otra de las primeras haciendas cafeteras fue La Victoria, ubicada en la vertiente norte de la Sierra Nevada de Santa Marta, entre los 700 y 2.700 metros de altitud. La empresa inglesa *Libano Coffee Company* fundó La Victoria en 1896, siendo su primer administrador el inglés William Crane. Al año siguiente fue contratado el ingeniero norteamericano Orlando Flye como soporte de la empresa cafetera que apenas comenzaba. Para principios del siglo XX la empresa se denominó *The Victoria Coffee Company Limited*, siendo sus principales accionistas los ciudadanos ingleses Phillip H. Marshall (gerente del ferrocarril de Santa Marta) y Ernest A. Olin, mientras Alexander Koppel ejercía las funciones de administrador (Viloria, 1998).

En 1897 fue constituida y fundada la *Onaca Coffee Plantation*, hacienda cafetera de la firma inglesa Kunhardt & Co., quienes vincularon a trabajadores holandeses, jamaicanos y portorriqueños (Posada, 1993, p. 156). Otras haciendas cafeteras de gran producción eran “Manzanares” de José Ignacio Díaz Granados, “Las Nubes” y “Mendiguaca” de Francisco Luis Olarte, “San Isidro” de la familia Travecedo, “Donama” de Pablo García (quién compraría posteriormente “El Recuerdo”), “Las Mercedes” de Ramón Goenaga y Manuel Díaz Granados Pumarejo, “Medellín” de la Compañía Agrícola de Santa Marta y “San José” de César Campo.

Era evidente el interés de los empresarios extranjeros por las adjudicaciones de tierras de la Sierra Nevada y su área plana circunvecina para la siembra de café, cacao y zona de pastoreo para las ganaderías que empezaban a desarrollarse allí. En estas adjudicaciones se encontraban los empresarios franceses Charles y Augusto Gautier, H. Penon, Víctor Dugand, Augusto Braun, Jean Gagneux y George Bourden, los británicos William Crane, Andrew Stewart, Charles Hurd, Archer Furner y Phillip Marshall, el norteamericano Orlando Flye y el italiano José D’Andreis (Cuadro 2). Flye solicitó la adjudicación del terreno El Frasco, ubicado en la zona media del río Manzanares, en cercanías al corregimiento de Bonda. Este terreno lo utilizó Flye para guardar la maquinaria que necesitaba para construir la primera planta eléctrica de Santa Marta. En estos terrenos iniciales, Flye empezó a experimentar con el cultivo de café. Este ingeniero norteamericano era el apoderado de la empresa norteamericana *The West India and Colombia Telephone Company*. Entre los colombianos se destacaban dos adjudicaciones a Jorge Ancízar, socio de Flye y estudioso de la economía cafetera a nivel nacional. Las adjudicaciones de Ancízar sumaban cerca de 10.000 hectáreas.

Cuadro 2
Adjudicación de tierras baldías en la provincia de Santa Marta, 1893-1898

| Beneficiario | Nombre terreno | Tamaño (Has.) | Jurisdicción | Año |
|----------------------|----------------|------------------|--------------|------|
| Jh. Penon & Co. | Don Diego | 3.000 | Santa Marta | 1893 |
| Orlando Flye | El Frasco | N.D | Santa Marta | 1893 |
| Manuel Díaz Granados | Posigueica | 300 | Santa Marta | 1894 |

| | | | | |
|----------------------------------|------------------------------|-------|-------------|-------------|
| Jorge Ancízar (socio de O. Flye) | La Nevada y Colonia Samper | 5.009 | Santa Marta | 1895 y 1896 |
| Orlando Flye | Constante (Cacagualito) | 246 | Santa Marta | 1895 |
| Rafael Robles | | 2.000 | | 1895 |
| William Crane | El Líbano (La Victoria) | 300 | Santa Marta | 1896 |
| Andrew Stewart | Onaca | 1.000 | Santa Marta | 1896 |
| Jorge Ancízar | Colonia Samper | 4.400 | Santa Marta | 1896 |
| Silvestre Samper Uribe | La Paulina | 1.800 | Santa Marta | 1896 |
| Joaquín Reyes | Tanjica/La Helena | 600 | Santa Marta | 1896 |
| Eugenio Castro | Calabazo | 242 | Santa Marta | 1896 |
| Manuel Dávila | Macanilla, La Colonia, Barán | N.D. | Santa Marta | 1896 |
| Carlos Hurd | Las Nubes | 610 | Santa Marta | 1896 |
| Charles Gautier | San Carlos | 347 | Santa Marta | 1896 |
| William Crane | Aguadulce | 620 | Santa Marta | 1896 |
| Aurelio Linero | Marinea (baldíos) | N.D. | Santa Marta | 1896 |
| José A. de Andreis | Mamacasaca | 200 | Santa Marta | 1896 |
| Luís J. Porto | Corralito | 410 | Ciénaga | 1896 |
| Víctor Dugand | El Mamey, Lamedero | 1.100 | Dibulla | 1896 |
| Manuel A. Dangond | La Esperanza | N.D. | Villanueva | 1896 |
| Antonio Dangond | San Antonio | N.D. | Villanueva | 1896 |

| | | | | |
|-----------------------|--------------------------------|-------|-------------|------|
| N. Oñate y A. Fuentes | El Eneal | N.D. | Villanueva | 1896 |
| Orlando Flye | Papayal | 320 | Santa Marta | 1897 |
| Pedro Pineda | El Triunfo de la Constancia | 790 | | 1897 |
| Archer Furner | Manzanares | 520 | Santa Marta | 1897 |
| Phillip H. Marshall | | 593 | Santa Marta | 1897 |
| Augusto Gautier | Valle Cuako | 200 | Santa Marta | 1897 |
| Augusto Gautier | Valle Perdido | 160 | Santa Marta | 1897 |
| Augusto Braun | Nueva Francia | 2.204 | | 1897 |
| Juan Gagneux | Santa María | 4.443 | | 1898 |
| Carmen Goenaga | Curinquita | 1.000 | Santa Marta | 1898 |
| George Bourden | | 500 | | 1898 |
| Indalecio Hernández | Conde de Dalmas | 1.004 | Santa Marta | 1898 |

Fuente: Hoyos (1982, pp. 140-153); Tovar (1997).

Nota: N.D., no disponible.

Estas adjudicaciones se concentraron en Santa Marta y se dedicaron en su mayoría a la producción de café. En un período de cinco años (1893-1898) se adjudicaron 28 baldíos en el municipio de Santa Marta, con una extensión cercana a las 29.000 hectáreas y cinco en otras poblaciones como Villanueva, Ciénaga y Dibulla que sumaban un poco más de 1.500 hectáreas. Como se puede observar en el cuadro 2, el interés por las tierras ubicadas en jurisdicción de Santa Marta se aceleró hacia finales del siglo XIX, asociado al interés por los cultivos de café y banano. Se destacan varios predios que fueron convertidos en haciendas cafeteras como La Victoria, Onaca, Las Nubes, El Recuerdo, Manzanares y Cincinnati (Cuadro 2). En 1895, empresarios ingleses empezaron a estructurar la hacienda El Recuerdo y en 1896 los hermanos Juan y Manuel Dávila Pumarejo fundaron la hacienda María Teresa.

Por el otro lado de la montaña, a mediados del siglo XIX se inició la ocupación de la Serranía de Perijá y la vertiente sur-oriental de la Sierra Nevada, encabezada por el ciudadano francés Francois Dangond. Este inmigrante llegó a las costas de Ríohacha hacia 1840, instalándose posteriormente en Villanueva (Dangond, 1990). A finales de esa década se inició como agricultor, y para 1855 había logrado cultivar en su finca “El Toro”, ubicada en la Serranía del Perijá, ochenta hectáreas y sembrar más de 100.000 pies de café, junto a otros cultivos como caña de azúcar, yuca, plátano y árboles frutales (Reclus, 1992, p. 197). Otros agricultores locales siguieron el ejemplo de Dangond y empezaron a sembrar café, como los hermanos Cotes a mediados del siglo XIX.

Al final del siglo XIX, la colonización y evangelización de la vertiente suroriental la emprendieron simultáneamente familias acaudaladas de la subregión del Valle de Upar: los Cotes, Mestre, Villazón y Baute (entre 1865 y 1885) en las inmediaciones de Valledupar, San Juan del Cesar y Villanueva. Por otro lado, la comunidad capuchina actuando por encargo del Gobierno Nacional. En el caso de Villanueva, fue el epicentro de la economía cafetera de esta vertiente y era tal su dinamismo que a finales del siglo XIX había más de 300 fincas cafeteras y se exportaban cerca de 500 toneladas de café (Goenaga, 1890, p. 181).

Si se tienen en cuenta los comentarios de Reclus, para mediados del siglo XIX los cafetales se comenzaban a extender de manera más acelerada en la vertiente sur y sur-oriental de la Sierra Nevada de Santa Marta y la Serranía del Perijá, que en las cercanías de la ciudad de Santa Marta. En la vertiente norte la expansión cafetera se inició en los años noventa del siglo XIX, con la llegada de exploradores y comerciantes de origen europeo y norteamericano, quienes tomaron como modelo las únicas dos plantaciones cafeteras de esa zona: Minca y Jirocasaca.

En síntesis, desde finales de la época colonial, cuando se reportaron las primeras matas de café en la Sierra Nevada de Santa Marta, hasta la primera década del siglo XX, transcurrió un largo período de 150 años. Durante este tiempo, la caficultura regional evolucionó lentamente, acorde con las características y limitaciones naturales que imponía el macizo orográfico. Pero es sólo a finales del siglo XIX cuando se produce una primera colonización cafetera en las vertientes norte y suroriental de la Sierra Nevada, en los municipios de Santa

Marta y Valledupar, y Serranía de Perijá, en el municipio de Villanueva, impulsada por empresarios nacionales y extranjeros.

II. Colonización de la Zona Bananera del Magdalena

En esta sección se analizan los diferentes procesos colonizadores que se dieron en torno a la zona agrícola al sur de Ciénaga, más tarde conocida como zona bananera, desde finales del siglo XVIII y el siglo XIX en su totalidad. Esta zona agrícola está bañada al menos por siete ríos⁹ y se enmarca entre las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, al oriente, y la Ciénaga Grande - delta exterior del río Magdalena, al occidente (Henríquez, 1939). El área total de la zona agrícola abarcaba algo más de 110.000 hectáreas, de las cuales la zona cultivable era de 46.000 hectáreas hacia la década de 1920 (Herrera y Romero, 1979), mientras el cultivo del banano llegó a ocupar cerca de 31.000 hectáreas en esta misma época, que fue la de mayor expansión.

A finales del período colonial, esta zona estaba dominada por los indígenas chimilas, por lo que el virrey ordenó una colonización con irlandeses, que cumpliera al menos dos objetivos: reducir o “pacificar” a los chimilas y vincular al mercado regional esta zona estratégica ubicada entre Santa Marta y Valledupar, teniendo como objetivo surtir el mercado mayor de Cartagena.

Más adelante, en esta zona agrícola se inició un desarrollo capitalista desde mediados del siglo XIX, cuando en Colombia se puso fin al estanco del tabaco. En las décadas siguientes se produjo una pequeña bonanza de cultivo y exportación de tabaco, cacao y en menor medida caña de azúcar. La demanda internacional de banano impulsó su cultivo a nivel local, así como la llegada de empresas internacionales que invirtieron no solo en su cultivo para la exportación, sino también en la construcción del ferrocarril y modernización del puerto de Santa Marta. Este fenómeno económico generó no solo la llegada del capital internacional,

⁹ Ríos Toribio, Córdoba, Frío, Sevilla, Tucurínca, Aracataca y Fundación, además de múltiples quebradas. Estas aguas fueron aprovechadas por la *United Fruit Company*. para surtir sus canales de riego.

sino también un elevado flujo de mano de obra que fueron empleados por las empresas bananeras, el ferrocarril y el puerto.

7. Colonos irlandeses en San Carlos de la Fundación

Hasta mediados del siglo XVIII fueron comunes las incursiones de los indígenas chimilas sobre las poblaciones y propiedades rurales cercanas a San Juan de la Ciénaga, Santa Marta y Valencia de Jesús. Los chimilas dominaban un amplio territorio que abarcaba la zona plana y anegadiza entre los ríos Magdalena, Cesar y Ariguaní, extendiéndose hasta los contrafuertes de la vertiente suroccidental de la Sierra Nevada. Estos aguerridos nativos incursionaban incluso en poblaciones cercanas a Ciénaga y Santa Marta como Riofrío y Durcino. A mediados del siglo XVIII el virreinato inició una “campana de pacificación” en la que se articulaban tres componentes: el militar, el religioso y el económico, en torno a la refundación de pueblos.

Luego de fuertes campañas represivas contra los chimilas por parte de los militares coloniales, a partir de 1744 se inició el proceso de refundación de pueblos en la margen oriental del río Magdalena. Esta campana estuvo al mando del maestre de campo José Fernando de Mier y Guerra, en la que se congregaron o refundaron veintidós pueblos en un lapso de 26 años¹⁰ (Mapa 2).

¹⁰ Estas veintidós poblaciones fundadas o refundadas fueron: El Banco (1744), San Sebastián de Buenavista (1745), Tamalamequito (1746), Guamal (1747), Cascajal, Chimichagua y Chiriguaná (1749), Menchiquejo, San Ángel, San Zenón, San Fernando de Oriente, Santa Ana, Santa Bárbara de Pinto, Pijiño, Cerro de San Antonio (1750), Sitionuevo (1751), Plato, Heredia (1754), Salamina (1765), Guáimaro (1766), Remolino (1768) y El Piñón (1770). Fals Borda, 1980, pp. 112B-113B.

Mapa 2

Poblaciones refundadas durante el siglo XVIII en la provincia de Santa Marta



Fuente: Elaborado por el autor con datos del IGAC.

En la Misión de los Chimilas, las fundaciones fueron organizadas por el “Pacificador de los Indios Chimilas”, don Agustín de la Sierra, quien contó con el apoyo de los misioneros capuchinos. En 1776 don Agustín fundó varios pueblos o sitios de doctrina como Garupal, el de mayor importancia, al norte de Valencia de Jesús; San José de las Pavas, San Miguel de Punta Gorda, Santa Martica, El Paso del Adelantado, San Antoñico, Concepción de Venero y San Luis de Guaquirí (Vinalesa, 1952, pp. 136-137; Luna, 1993, p. 134). Estas fundaciones sirvieron no solo para evangelizar a los chimilas, sino también como una forma de explotación de su mano de obra por parte de religiosos y terratenientes. Con estas incursiones militares sobre los chimilas y la fundación de pueblos, ubicados entre el río Magdalena y las

sabanas del Diluvio, se despejaba y habilitaba una zona adecuada para la ganadería. También se ponía en funcionamiento el camino entre Valencia de Jesús y el río Magdalena, para comunicar al Valle de Upar con Cartagena. Esta última ciudad era el principal mercado para la carne procedente del Valle de Upar y poblaciones cercanas al río Magdalena (Sánchez, 2010 y 2012).

De los veintidós pueblos refundados por de Mier y Guerra, 19 estaban a orillas del río Magdalena y los otros tres entre el río Cesar y la ciénaga de Zapatosa. Eso quiere decir que no se fundó ningún pueblo entre San Juan de la Ciénaga y Pueblo Nuevo de Valencia de Jesús, pero en 1766 ya se tienen noticias sobre la apertura del camino entre Santa Marta y Valle de Upar (Luna, 1993, p. 306). Por su parte, las fundaciones impulsadas por don Agustín de la Sierra no tuvieron la importancia estratégica que se requería para controlar los ataques de los chimilas. Fue entonces cuando se planteó la necesidad de estructurar la nueva Fundación de San Carlos de San Sebastián, más tarde conocida como San Carlos de la Fundación, cabeza de playa que permitió la pacificación del territorio chimila entre las poblaciones de la Ciénaga y Valencia de Jesús. Este asentamiento atrajo a los primeros terratenientes con sus ganados, así como a los agricultores para sembrar tabaco, cacao, café, plátano y otros productos, en las dos décadas finales del siglo XVIII.

En efecto, a finales del período colonial, el virrey Caballero y Góngora encomendó para que contrataran a inmigrantes irlandeses en Filadelfia para colonizar el Darién, una región despoblada por españoles, con fuerte presencia de población indígena. La Real Hacienda se comprometió con los colonos irlandeses a costearles el viaje, así como darles animales domésticos, vivienda, alimentación por dos años y cincuenta pesos al desembarcar en Cartagena (Bermúdez, 2012, pp. 118-119).

Las condiciones ambientales adversas para los colonos europeos, la improvisación por parte de las autoridades coloniales, así como el aislamiento de centros urbanos importantes como Cartagena, Panamá o Santa Fe de Antioquia, llevaron la colonización al fracaso. Ante esta situación, los colonos enfermos fueron trasladados a Cartagena y una vez recuperados los ubicaron provisionalmente en las instalaciones del hospital de Caño de Oro (Cartagena), que

estaba desocupado transitoriamente pero que había sido construido para albergar los enfermos de lepra de todo el Virreinato.

El Virrey comisionó al coronel Pascual Díaz Granados para dirigir una expedición colonizadora con los irlandeses hacia “la montaña” de la provincia de Santa Marta, en la vertiente occidental de la Sierra Nevada. En marzo de 1789 fueron traídos a la provincia de Santa Marta 91 colonos, de los cuales cerca de 70 eran extranjeros, en su mayoría irlandeses, ingleses y franceses. Los otros eran “reinosos” o criollos de la provincia del Socorro y unos pocos de Turbaco, población cercana a Cartagena¹¹.

El gobernador de Santa Marta comisionó al francés Pedro Cothinet para que escogiera el sitio del nuevo pueblo, que ubicó a medio camino entre Santa Marta y el Valle de Upar, entre la Sierra Nevada y la Ciénaga Grande, a orillas del río San Sebastián. Una vez en San Carlos de la Fundación, los colonos y Cothinet se enfrentaron con el escaso respaldo oficial al proyecto. En efecto, el nuevo virrey Ezpeleta ordenó suspender el apoyo a la colonia de San Carlos de la Fundación, pero por Real Orden llegada de Madrid se vio en la obligación de seguir asistiendo por seis meses a los pobladores, con media ración y entrega de animales, a partir de mayo de 1790¹².

Pese a lo anterior, la situación no mejoró del todo, ya que los pobladores ingleses e irlandeses le escribieron una carta al Virrey el 19 de junio de 1791, quejándose por el incumplimiento de lo pactado para venirse como colonos. En la carta expresaban que vivían en la miseria, que no tenían casas ni comida y no les habían entregado semilla de ningún tipo. Además de lo anterior, ante la situación de aislamiento en que vivían no podían practicar el comercio

¹¹ Apellidos ingleses e irlandeses de los primeros colonos extranjeros: Smith, Campbell, Montgomery, Guillen o Guillet, Creus, Dolphin, Collins, Newman, White (Joseph White castellanizó su nombre como José Blanco), Griffith, Summers, Better, Adams, Brown, Bond, Echevarin, Lumer, Miller, Bright, Leez o Lee, Tuberat, Rian, Folux, Ley, Trason, Whitnes, Winimbergen, Wits, Gezan, Deser, Dobbison, Galben, Escoces, Toben, Mequidonet, Canade, Blarquetin, Brun, Nanay, Caile, Iquei, Bubans, Gueneri, Urden, Dudan, Gordon y Medolment. También hubo colonos del Socorro de apellidos Arteaga, Montalbán, Muñoz, Gómez, Fandiño, Silva, Francisco, Rodríguez y Salinas. Estos eran “fundadores socorridos” o que recibían ayuda del virreinato. Además de los anteriores, también estaban los no socorridos como Pascual Díaz Granados, Pedro Cothinet y Hermenegildo de Robles. Cfr. Bermúdez, 2012, pp. 399 y 405.

¹² Fueron entregados a los colonos 50 vacas, 4 toros, 150 cabras, 40 docenas de gallinas y 40 gallos, 40 puercas y 10 verracos (cerdos machos), dos canoas, 36 tornos para hilar y 40 juegos de agujas de plata. Cfr. Bermúdez, 2012, p. 126.

con las poblaciones cercanas. Santa Marta y el mar estaban a cuatro días de camino, por lo que plantearon al gobierno colonial la idea de volver navegable el río Fundación (Blanco, 1996, pp. 28-29)¹³.

Muy seguramente García Márquez conoció la historia de los irlandeses en San Carlos de la Fundación. Lo que sí es seguro es que escuchó de labios de su abuelo las peripecias de sus antepasados para llegar a Aracataca y otras poblaciones de la Zona Bananera. En su novela *Cien años de soledad*, Gabo recrea una historia parecida:

José Arcadio Buendía... Sabía que hacia el oriente estaba la sierra impenetrable, y al otro lado de la sierra la antigua ciudad de Riohacha ... Atravesaron la sierra buscando una salida al mar, y al cabo de veintiséis meses desistieron de la empresa y fundaron a Macondo... Al sur estaban los pantanos, cubiertos de una eterna nata vegetal, y el basto universo de la ciénaga grande (García Marquez, 2007, p. 19).

Sigue el autor informándonos que Macondo estaba en una región aislada, por lo que José Arcadio Buendía pensaba que “la única posibilidad de contacto con la civilización era la ruta del norte”. Los fundadores de Macondo se dieron a la tarea de encontrar el camino hacia el mar, al cual llegaron luego de caminar una semana y cuatro días (García Márquez, 2007, p. 22). Por su parte, cuando Úrsula salió de Macondo detrás de los gitanos al saber que su hijo José Arcadio se había marchado con ellos, encontró la salida al mar a través de la ciénaga grande. Cuando regresó con otros comerciantes de la región, ellos “venían del otro lado de la ciénaga, a solo dos días de viaje, donde había pueblos que recibían el correo todos los meses y conocían las máquinas del bienestar (García Márques, 2007, p. 48). Se supone que Úrsula se dirigió al occidente de Macondo, por uno de los ríos que desembocan en la ciénaga grande como el Fundación, el mismo que querían volver navegable los irlandeses y el francés Cothinet a finales del siglo XVIII. Realidad mezclada con ficción.

Para mediados de 1792 habían abandonado la Nueva Fundación siete familias de colonos irlandeses, quienes migraron hacia Santa Marta, Valle de Upar, Cartagena y otras poblaciones cercanas. El censo de población de 1807 confirma que la migración había continuado: ese

¹³ Archivo General de la Nación (AGN), Sección: Colonia. Fondo: poblaciones varias. Legajo: 4, ff. 641-652.

año San Carlos de la Fundación aparece con 95 habitantes, de los cuales ninguno era esclavo, todos eran libres, de los cuales 36 eran extranjeros (Bermúdez, 2012, pp. 408-409). Lo anterior indica que cerca de la mitad de los que habían llegado en 1789 ya no se encontraban en la población: algunos habían muerto y otros habían cambiado su lugar de residencia.

En las primeras décadas del siglo XIX las familias Creus y Smith se habían radicado en Santa Marta, los Guillet o Guillen en Valledupar, los Better en Cerro de San Antonio, mientras los Collins y Montgomery en Bogotá.

En estas décadas el aporte de los anglosajones en la provincia de Santa Marta continuaba presente tanto en la economía como en la guerra de Independencia. En efecto, en 1818 llegó a Venezuela el médico irlandés William P. Smith, quien se desempeñó como cirujano de la Legión Irlandesa durante los años de la Independencia, y luego en el Hospital de Santa Marta¹⁴. El doctor Smith y sus descendientes, los Smith Díaz Granados, heredaron las tierras de Santa Rosa de Lima, ubicadas a orillas del río Fundación o San Sebastián.

Para la liberación de Santa Marta, Bolívar y Montilla dispusieron incursionar por el sur y el occidente de la provincia con tropas formadas en su mayoría por militares extranjeros, como venezolanos, ingleses e irlandeses. En octubre de 1820 el Cuerpo de Lanceros de la Legión Irlandesa penetró a territorio samario y entablaron las batallas de Fundación y Ciénaga, donde las tropas patriotas salieron victoriosas. En San Carlos de la Fundación los residentes extranjeros se refugiaron en las afueras de la población mientras duró el combate. Tanto el coronel venezolano José María Carreño como el coronel irlandés Francisco Burdett O'Connor pasaron la noche en una de las casas principales del pueblo, ubicada en la plaza. Allí observaron con sorpresa que los propietarios tenían una pequeña biblioteca con libros en inglés. La casa era de los Collins, una de las familias anglosajonas que se habían asentado en esta zona tres décadas atrás (Burdett O'Connor, 1915, pp. 49-50).

¹⁴ El doctor Smith se casó con la dama samaria María Cecilia Díaz Granados Fernández de Castro, hija del samario Esteban Díaz Granados y la valduparense María Concepción Fernández de Castro; su nieta Isabel Smith Pumarejo se casó con el empresario Pedro A. López, quien había enviudado de Rosario Pumarejo Cotes, padres del ex presidente Alfonso López Pumarejo. Pedro e Isabel fueron padres de Santiago López Smith (Bermúdez, 2012, pp. 131-132).

8. Colonización de Fundación y “Zona Bananera” durante el siglo XIX

Luego de la Independencia, se presentó un flujo comercial destacado en torno a la zona agrícola de San Carlos de la Fundación. En 1831 llegó el ciudadano irlandés George Campbell con su familia y esclavos. Campbell compró un globo de terreno de 420 fanegadas llamado “El Astillero”, a cinco kilómetros aguas arriba del río Fundación, donde sembró caña de azúcar, café y cacao. También se destaca el establecimiento de los pueblos chimilias de Ariguaní y Tucurínca por el gobernador Juan Antonio Gómez entre 1834 y 1836, a orillas de los ríos del mismo nombre y a la altura del cruce del camino Ciénaga- Valle de Upar¹⁵. Así mismo, el intercambio y las conexiones familiares entre Valencia de Jesús y San Carlos de la Fundación se incrementaron a partir de 1836, con la apertura del correo entre Santa Marta y el Valle de Upar a través del “camino de la montaña” (Bermúdez, 2012, pp. 134, 136, 276 y 277). Esta zona agrícola del Magdalena se abrió al mercado a mediados del siglo XIX, cuando se empezaron a implementar las políticas liberales en Colombia¹⁶.

Como ya quedó dicho en la primera parte, en 1850 el empresario Joaquín de Mier trajo cerca de cincuenta colonos genoveses para vincularlos como trabajadores de Minca, su hacienda cafetera en la Sierra Nevada. Luego de algunos meses la mayoría de genoveses abandonaron Minca y se marcharon a colonizar tierras en Fundación. Uno de esos genoveses fue Archile Sírtore, quien se estableció en la quebrada Orihueca, empezó el poblamiento en esta zona y se dedicó al cultivo del cacao (*Registro del Magdalena*, 1888). Por su parte, los genoveses Blas Pezzotti y Francisco Gionuzzi, luego de pasar por Minca, se radicaron inicialmente en Pueblo Viejo y después en Riofrío, cuando empezaba la bonanza bananera (Bermúdez, 2012, p. 141).

Desde mediados del siglo XIX, luego de la abolición de la esclavitud y la supresión del estanco del tabaco, esta subregión atrajo empresarios agrícolas, quienes fomentaron la

¹⁵ La actual población de Tucurínca fue reubicada en 1895, cuando se construía la línea férrea que llegaría hasta Fundación.

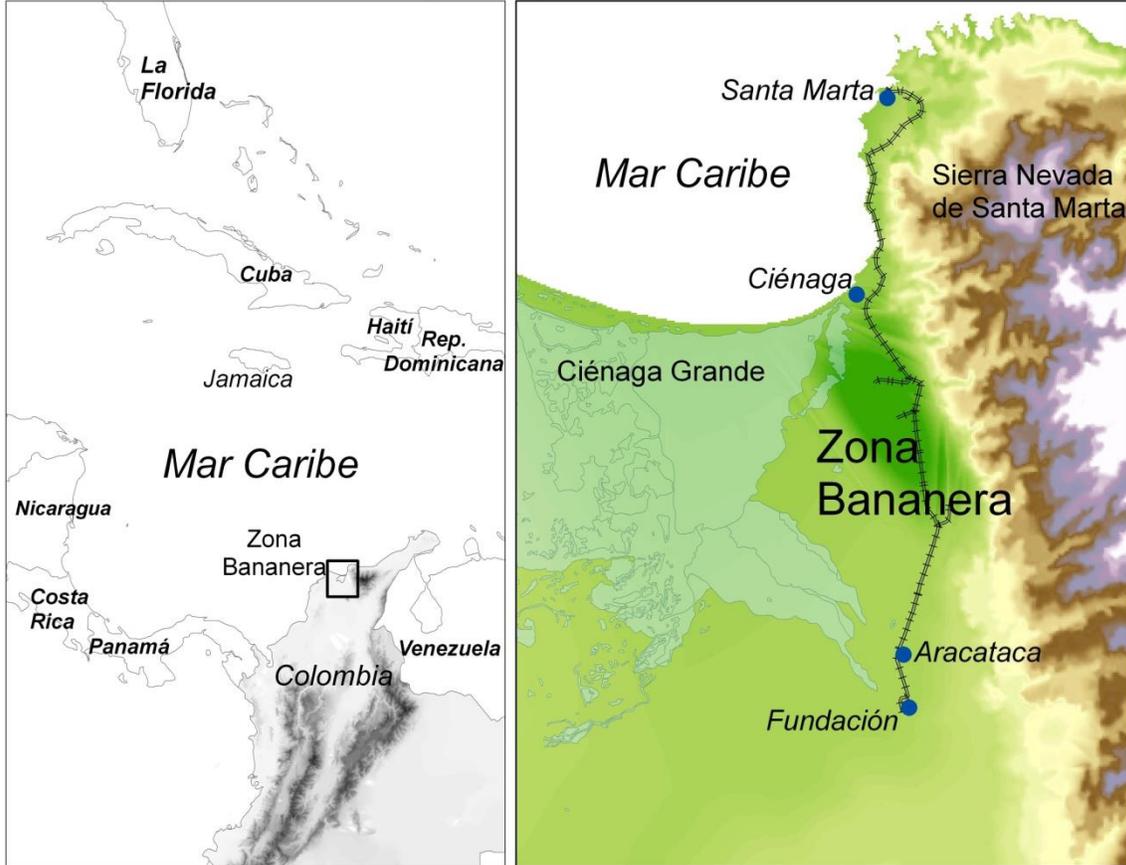
¹⁶ Las políticas liberales se empezaron a impulsar durante la administración del general Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849), quien nombró como secretario de Hacienda al liberal Florentino González. El 1849 fue elegido presidente el general José Hilario López, iniciándose una era de gobiernos liberales hasta 1880. Éstos impulsaron las exportaciones, la liberalizaron el mercado de tierras, disminuyeron los aranceles y apoyaron la educación en los diferentes estados soberanos. Cfr. Palacios y Safford, 2002.

inmigración de mano de obra extranjera para sembrar, inicialmente, tabaco, cacao y caña de azúcar. Estos cultivos tuvieron una alta demanda en el mercado internacional a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Pero definitivamente el banano fue el producto que transformó la economía de esta zona del Magdalena desde la última década del siglo XIX. También fue el primer producto que atrajo inversión extranjera de alguna consideración para el departamento del Magdalena, lo que permitió un crecimiento de las exportaciones a largo plazo, a diferencia de lo sucedido con el cacao y el tabaco. Vale la pena recordar que en el Magdalena se configuró la primera zona agrícola del país con inversión norteamericana (Viloria, 2014).

Ciénaga fue el municipio de mayor población y dinámica comercial del Magdalena durante el siglo XIX y gran parte del XX. Así, a finales de la década de 1870 Ciénaga era la ciudad más poblada del Estado Soberano del Magdalena, con una población aproximada a los siete mil habitantes, superior a Santa Marta, la capital estatal (Simons, 1882, p. 17). Allí llegaban comerciantes, agricultores y colonos de diferentes regiones del país, quienes empezaron a demandar sus fértiles tierras para el cultivo de tabaco, caña, cacao y más adelante banano. En el Caribe colombiano, el proceso de colonización implicaba varias etapas: en la primera el colono entraba a la “montaña” a talar y quemar para sembrar pancoger. Luego seguía una segunda etapa en que sembraban cultivos más comerciales como tabaco o caña y finalmente llegaba el terrateniente y agregaba el terreno a su propiedad, en algunos casos con la complicidad de las autoridades y cuando no era posible así se llegaba a las formas violentas (Tovar, 1997, p. 36; Fals Borda, 1980).

Mapa 3

Zona Bananera del Magdalena y su ubicación en la Cuenca del Caribe



+++ Ferrocarril del Magdalena (Santa Marta – Fundación).

Fuente: Elaborado por el autor con base en información del IGAC.

Las primeras iniciativas de explotación empresarial en esta subregión del Magdalena fueron emprendidas por empresarios europeos, en su mayoría alemanes, ingleses, franceses y holandeses, quienes aprovecharon el fin del estanco del tabaco para solicitar adjudicación de tierras e iniciar el cultivo de la hoja (AHMG, 1865 y Henríquez, 2003) . También para esta época se empezó el cultivo de cacao, ambos productos de gran demanda en el mercado europeo (AHMG, 1874).

En 1856 los europeos caribeños Carl H. Simmonds (judío alemán radicado en la isla sueca de San Bartolomé desde la década de 1810), Pedro Fergusson (inglés nacido en Jamaica, que había llegado a Riohacha en la década de 1830) y Jacob Henríquez de Pool (judío sefardita, nacido en Haití de padres curazoleños, por lo que tenía la nacionalidad holandesa) y otros comerciantes locales conformaron una sociedad para cultivar tabaco y cacao en Orihueca y

Cañabobal¹⁷, que exportaban a Alemania. La sociedad recibió apoyo financiero de la casa bancaria curazaleña *Simmonds, Edwards & Cía.* Así mismo, C. H. Simmonds trajo de Hamburgo cien inmigrantes que debían trabajar en labores agrícolas e industriales, los cuales se integraron en el mundo laboral de Santa Marta y Ciénaga¹⁸.

A partir de 1870 C. H. Simmonds también tuvo el remate de la pesca de Puebloviejo. Su agente en esa localidad fue el joven Florentino Manjarrés, quien años más tarde ejercería como gobernador del departamento del Magdalena y activo militar durante la Guerra de los Mil Días en el bando conservador. También en este municipio Simmonds instaló un aserradero a vapor, utilizando las maderas que traía de las montañas de Fundación, Tucurínca y Riofrío (Gaceta del Magdalena y Bermúdez, 2012 pp. 144-145). En el transcurso de casi dos décadas, Fergusson, Henríquez y Simmonds lograron abrir al mercado internacional una rica zona agrícola, que empezaría a ser colonizada por agricultores nacionales y empresas extranjeras, para sembrar tabaco, cacao, caña y banano (AHMG, 1874).

Hacia la década de 1830 llegaron a la costa Caribe colombiana familias procedentes de Curazao, una de ellas los hermanos Salzedo: Pedro, José del Carmen y Martín¹⁹. Pedro se casó con la samaria Ana Ramón y tuvieron siete hijos: Rafael, Pedro, Antonio, Francisco, Martín, José y Napoleón. Los siete hijos de Pedro, los hermanos Salzedo Ramón, se caracterizaron por ser emprendedores, fundando empresas y aprovechando las oportunidades que ofrecía una región dinamizada por el comercio exterior colombiano. Martín Salzedo Ramón fue un empresario y político, quien se desempeñó como gobernador del Magdalena en tres ocasiones: 1875, 1883-1886 y 1887-1888. Tenía intereses económicos en San Marta, Barranquilla, Ciénaga y la zona bananera. En 1883 compró la mina de oro la Diamantina, ubicada en Ciénaga, cerca del río Tucurínca. Martín Salzedo era conocedor de la importancia

¹⁷ En 1855, Jacob Henríquez puso a la venta las tierras de Cañabobal, las cuales aparecen al año siguiente como propiedad de la sociedad de Simmonds, Fergusson y Henríquez. Cfr. *El Eco Radical*, Santa Marta, 20 de marzo de 1855.

¹⁸ En carta del 16 de septiembre de 1857 dirigida al periódico *El Porvenir*, el representante de la firma *Simmonds, Edward & Cía.* hace referencia a esta noticia. *El Porvenir*, N° 110, Bogotá, 20 de octubre de 1857.

¹⁹ Pedro se radicó en Santa Marta, José del Carmen en Barranquilla y Martín en Mompós.

estratégica que estaba tomado la Sierra Nevada y la zona agrícola al sur de Ciénaga, por lo que decidió ampliar sus propiedades rurales en terrenos de Aracataca.

Las tierras compradas por Salzedo Ramón habían sido denunciados en 1796 por don Basilio García. La “Santísima Trinidad de Aracataca” estaba ubicada, de norte a sur, entre los ríos Sevilla y Aracataca; de este a oeste, entre las estribaciones de la Sierra Nevada y la Ciénaga Grande. Por su parte, “La Concepción” se ubicaba entre el río Aracataca y la quebrada Macariquilla. Don Basilio García era español y se había desempeñado como Tesorero Real de Santa Marta durante el período 1772-1786²⁰. A esta solicitud presentó oposición don José Francisco Díaz Granados y Fernández de Castro, lo que generó un litigio judicial que se alargó durante décadas. Díaz Granados también había denunciado en 1801 las tierras de “San José de Sevilla”, otro pleito que va a reaparecer cien años después cuando la empresa norteamericana *United Fruit Company* pidió en adjudicación estas tierras (Viloria, 2009, pp. 23-24).

Casi un siglo después, en 1887, los terrenos de “Santa Rosa de Aracataca” fueron ocupados y pedidos en adjudicación por el genovés Giácomo Costa Colón. Éste era un terreno de dos mil hectáreas en el cual Costa Colón tenía sembrado tabaco, caña de azúcar y cacao desde varios años atrás. En este sitio y para esa época se formó un caserío que fue elevado a la categoría de corregimiento y fue bautizado con el nombre de Aracataca (Beracasa e Hinstroza, 2005, pp. 9-10). A la adjudicación solicitada por Costa Colón se opuso Eugenio García Castro, nieto de Basilio García, quien mostró los títulos de propiedad reconocidos por el gobierno de la Nueva Granada en 1837. En medio del litigio, Costa Colón vendió sus mejoras de “Santa Rosa de Aracataca” a Virgilio de Andrés y Nelson Vives, quienes a su vez vendieron los terrenos en 1893 a Martín Salzedo Ramón. Las propiedades de este último siguieron creciendo y durante el auge bananero recibió otra concesión de 5.000 hectáreas de terreno en cercanías del río Tucurínca (AHMG, 1883 y AHMG, 1893).

²⁰ Don Basilio García se casó en Santa Marta con doña María Josefa Munive y Mozo, tronco de las familias Dávila García, Dávila Pumarejo, Dávila Riascos, Dávila Abondano. Basilio era un terrateniente que poseía, además, la hacienda San Antonio de Buenavista en el Valle de Upar (Bermúdez, 2012, p. 149).

En la década del setenta del siglo XIX, en la zona agrícola de Ciénaga se vivió una bonanza tabacalera. La población de Riofrío fue refundada en 1875 como epicentro para el cultivo del tabaco que se exportaba a Europa, mayoritariamente a Alemania. Hasta Riofrío llegaron algunos terratenientes de la región, y otros extranjeros, como los Riascos, Barreneche, Díaz Granados, Goenaga, Vengoechea y Fergusson, quienes fueron los pioneros en la construcción de pequeños distritos de riego a partir del aprovechamiento de las aguas de Riofrío. En esta subregión había también una hacienda cacaotera de los Simmonds, familia de origen alemán radicada en Santa Marta (Sievers, 1887, p. 51). Por su parte, la familia de Mier tenía intereses en la región de Riofrío y los Dávila en los valles de los ríos Córdoba y Toribio, donde tenían tierras cultivadas con caña de azúcar. Desde finales del siglo XIX esta familia había instalado una centrífuga para refinar azúcar de exportación (Goenaga, 1890, pp. 23 y 163; White, 1978, pp. 15-16).

9. Adjudicación de baldíos y proyectos de inmigración

Como respuesta a las demandas internacionales de productos agrícolas, a partir de 1873 la legislación colombiana determinó que los beneficiarios de la adjudicación de baldíos debían ser las personas que trabajaran la tierra, como una forma de incentivar la agricultura, principalmente de exportación. Acorde con las políticas de Estado, en 1872 los diputados Díaz Granados, Capella Toledo, Maya, Noguera y Riascos, solicitaron al Presidente de la República la concesión de terrenos baldíos pertenecientes a la Nación, para ser entregados a empresarios extranjeros que invirtieran sus capitales en el Magdalena. Para tal fin el presidente otorgó 18.000 hectáreas de baldíos nacionales (Botero y Guzmán, 1977, p. 316). En esta época, el Magdalena era un departamento de escasa población, por lo que la concesión de tierras baldías se convertía en una condición y una ventaja para la llegada de empresarios agrícolas y, por tanto, para el desarrollo capitalista.

Cuadro 3
Departamento del Magdalena, concesión de bonos territoriales, 1861 – 1874

| Beneficiario | Hectáreas cedidas | Fecha de expedición |
|----------------------------|-------------------|-------------------------|
| Alejandro Martínez | 1.198 | Junio, 1861 |
| Alberto Zúñiga | 450 | Junio, 1861 |
| Manuel L. Guardiola | 110 | Junio, 1861 |
| Rafael Robles | 350 | Junio, 1861 |
| Rafael Robles | 15 | Junio, 1861 |
| Cesar Campo | 3.000 | Junio, 1861 |
| María de Noguera | 1.580 | Junio, 1861 |
| Ismael Noguera Conde | 600 | Junio, 1861 |
| Carlos Alzamora | 30 | Junio, 1861 |
| H.B. Taylor | 4.380 | Junio, 1861 |
| José de Jesús Cataño | 390 | Junio 1861 y Nov. 1866 |
| Tomás Abello Vergara | 200 | Diciembre 1866 |
| Mateo Londoño | 100 | Diciembre, 1866 |
| Juan del Gordo | 200 | Diciembre, 1866 |
| Tomás Cipriano de Mosquera | 1.200 | Dic., 1866 y enero 1867 |
| José Ignacio Díaz Granados | 100 | Agosto, 1872 |
| Manuel Dávila García | 1.500 | Septiembre, 1872 |
| Martín Salzedo Ramón | 1.127 | Diciembre, 1874 |
| Total hectáreas cedidas | 16.530 | De 1861 a 1874 |

Fuente: Hoyos (1982), pp. 57-58.

Desde los primeros años de la República, la concesión de tierras baldías fue una política de Estado destinada, tanto a pagar con tierra a militares y comerciantes que apoyaron la causa de la Independencia, como para atraer a inversionistas extranjeros. El Cuadro 3 muestra la concesión de bonos territoriales entregados en el Magdalena entre junio de 1861 y diciembre de 1874. Entre los beneficiarios de tierras se encontraba a un Presidente de la República (general Tomás Cipriano de Mosquera), varios gobernadores del Magdalena (Tomás Abello, Martín Salzedo Ramón, Cesar Campo, José Ignacio Díaz Granados y Manuel Dávila García), un extranjero (H. B. Taylor) y los demás podrían clasificarse como comerciantes y políticos locales.

Las iniciativas empresariales continuaron en la subregión. Así, en la década de 1870 la empresa francesa *Compagnie Immobilière et Agricole de Colombie* se estableció en Aracataca, en el terreno denominado Theobromina²¹, donde llegó a tener cerca de 20.000 hectáreas, y de ellas unas dos mil sembradas en cacao y tabaco, que exportaba en su mayoría a Francia.

Las actividades de las compañías francesas en esta zona agrícola generaron una primera dinámica económica en Ciénaga y su área de influencia, atrayendo cultivadores de tabaco y de cacao de otros departamentos, así como casas de comercio como Vengoechea, Lafaurie & Cía., González & Cía., García & Cía., Pedro Díaz Granados, y familias como los Miranda, Barranco y Juvinao.

El cultivo del tabaco había tomado auge en la región Caribe en la segunda mitad del siglo XIX, luego de la crisis tabacalera de Ambalema (Tolima). En efecto, la economía del tabaco se expandió por toda la subregión de los Montes de María, con epicentro en El Carmen, además de Plato, Bosconia, Ciénaga y Aguachica en los estados soberanos de Bolívar y Magdalena.

²¹ La *theobromina* es el alcaloide que se encuentra en el cacao. En el siglo XVIII el naturalista sueco Lineo clasificó el cacao con el nombre de *theobroma cacao*, que en palabras griegas y mayas significa “alimento de los dioses”. Es evidente que al bautizar sus tierras con el nombre de Theobromina, los franceses de la Compañía “immobilière” tenían como propósito principal el cultivo del cacao para la exportación.

En este período, década de 1870, se aprobaron varias leyes que impulsaban y formalizaban la inmigración en Colombia. Una de esas leyes estuvo dirigida a acoger a los inmigrantes cubanos que salieron de la isla como consecuencia de la guerra. Lo cierto es que las leyes de inmigración apenas motivaron a unos cuantos extranjeros a radicarse en el país. En el caso de Santa Marta, en 1872 la ciudad reportó 83 extranjeros, de los cuales 38 eran cubanos, 21 canarios (españoles), 8 ingleses, 5 alemanes y 5 norteamericanos (*Diario Oficial*, 1872). Los cubanos habían salido de la isla como perseguidos políticos o desplazados económicos de la Guerra de los Diez Años (1868-1878) que se estaba librando por la independencia de Cuba. Por su parte, los canarios procedían en su mayoría de Venezuela, donde estaban en guerra civil (Cuadro 4).

Cuadro 4
Extranjeros en Santa Marta, 1872 (nacionalidades más numerosas)

| Nacionalidad | No. de residentes | Principales profesiones |
|-------------------|-------------------|--|
| Cubanos | 38 | 9 agricultores, 5 directores de ingenio de azúcar, 2 maquinistas y 2 profesores. |
| Canario-españoles | 21 | 10 agricultores y 5 de oficios domésticos |
| Ingleses | 8 | 3 agricultores, 2 carpinteros y 1 maquinista |
| Norteamericanos | 5 | 4 ingenieros |
| Alemanes | 5 | 3 profesores, 1 comerciante y 1 agricultor |

Fuente: *Diario Oficial*, No. 2651, Bogotá, 20 de septiembre, 1872.

Por profesión, la población extranjera se clasificaba en: 23 agricultores, 5 directores de ingenio, 5 profesores, 4 ingenieros y 3 maquinistas, entre otros. Los agricultores estaban dedicados al cultivo de tabaco y caña de azúcar, mientras los directores de ingenio se relacionaban directamente con los trapiches e ingenios azucareros ubicados en los alrededores de Santa Marta y Ciénaga.

La economía agrícola de Ciénaga estaba en crecimiento a finales del siglo XIX. En 1883 se constituyó en esta ciudad una sociedad agrícola denominada “El Apostolado”, de la cual eran

socios doce empresarios nacionales y extranjeros radicados en la región²². La sociedad adquirió un terreno de 360 hectáreas en la margen izquierda de Río Frío, para dedicarlo al cultivo de cacao y plátano, mientras otros agricultores de la zona se dedicaban al cultivo de tabaco, caña de azúcar y frutales. El gobierno municipal autorizó a la sociedad para que construyera un canal de irrigación que se llamó desde entonces el “canal del Apostolado”.

De los extranjeros de El Apostolado, el “inglés Laurence Bradbury” era en realidad un ciudadano sueco que se llamaba Berndt Bremberg. Antes de llegar a Colombia, Berndt se desempeñó como telegrafista en los buques suecos que cubrían las rutas internacionales y en la década de 1870 se estableció en San Francisco, California. Fue en esa época cuando adoptó el nombre anglosajón de Laurence Bradbury, se supone que por facilidad de pronunciación en Estados Unidos. A principios de la década siguiente se trasladó a Colombia para incursionar en el negocio de la agricultura de exportación, para lo cual prestó capital a sus hermanos en Suecia²³.

Inicialmente, Bradbury sembró café en la zona de Río Frío, pero las condiciones de baja altitud y clima ardiente lo llevaron a tener una cosecha muy pobre. Ante esta situación, el empresario sueco abandonó rápidamente el negocio cafetero y se dedicó a la siembra de cacao, plátano y banano, en asocio con los ingleses M. Carr, H. Taylor y otros inversionistas colombianos. Esto ocurrió hacia 1883 y durante casi dos décadas estuvo dedicado a sus negocios de banano.

El empresario sueco fue anfitrión del Presidente de la República, Rafael Reyes. Es así como durante su visita a la ciudad de Santa Marta y el recorrido por la zona bananera en 1908, el presidente Reyes visitó a los marqueses de Santa Coa, doña Leonor Aldama de Mier y sus hijos Manuel Julián y Elena de Mier Aldama, quienes mostraron al presidente algunos objetos históricos pertenecientes al Libertador Bolívar. En la población bananera de Río Frío, Reyes estuvo en la casa de Bradbury, una de las más elegantes en la región. De acuerdo con

²² De los doce empresarios, ocho eran costeños, uno tolimense y tres ingleses: Rafael Barranco, Zabaraín Hermanos, Lorenzo Díaz Granados, Ramón Arrieta, José Miranda, Ezequiel García Pérez, Oscar Pereira, Ricardo Echeverría, Manuel Galindo y los británicos Mansel F. Carr, Laurence Bradbury (Berndt Bremberg) y H. B. Taylor.

²³ Correspondencia personal con Pär Hallström, descendiente de Berndt Bremberg: Estocolmo, 20 de octubre, 9 y 17 de noviembre de 2016.

Pedraza, este empresario sueco era el “verdadero gentleman y unos de los principales iniciadores de la industria bananera... Este caballero es uno de los fundadores. Hace más de veinte años se estableció allí y posee una gran plantación de banano”(Pedraza, 1909, pp. , 31 y 35).

Un incendio en 1892, el ciclón de 1894 y la Guerra de los Mil Días causaron grandes pérdidas económicas a los bananeros de la región, en especial a la plantación de Laurence Bradbury (Berndt Bremberg). Es posible que por estas razones, así como por el creciente poder monopólico de la *United Fruit Company (UFCo)*, en 1908 Bradbury decidió vender sus propiedades, a través de su apoderado Mansel F. Carr, a la francesa *Compagnie Immobilière et Agricole* y retornar a Suecia con su familia colombiana (AHMG, 1908)²⁴. El empresario sueco vendió las cinco propiedades, que tenían una extensión de 533 hectáreas, por un valor de 67.500 pesos oro americano.

10. Pioneros en el cultivo de banano

El cultivo de banano no requería de una tecnología avanzada, sólo tierra plana y abundante agua, y estas condiciones se cumplían en la zona al sur de Ciénaga, enmarcada entre las estribaciones de la Sierra Nevada y la Ciénaga Grande. El primer cultivo de banano en esta zona lo hizo el empresario local José Manuel González Bermúdez, comerciante y agricultor con intereses en la región²⁵. En 1887 González se asoció con el colombiano Santiago Pérez Triana, residente en Nueva York, para emprender el primer cultivo de guineo o banano²⁶. Estos empresarios hicieron la primera exportación de banano en marzo de 1891, en una

²⁴ En la correspondencia personal que el autor sostuvo con Pär Hallström, descendiente de Bradbury (Bremberg), se afirma que vendió en 1912. Es probable que haya hecho la negociación en 1908 y terminó de legalizar el traspaso en 1912, año en que regresó a Suecia.

²⁵ J. M. González nació en Santa Marta en 1824 y murió en Barranquilla en 1897. En 1853 se casó con Josefa Vengoechea, y luego organizó con su cuñado Miguel Vengoechea la casa de comercio “Vengoechea & González”, la cual existió hasta 1872, cuando Miguel se fue a vivir a París. Con otros empresarios de Santa Marta fundó la empresa de navegación Compañía Nacional, y luego en 1890 con sus hijos organizó la firma de comercio “González & Cía.” Información suministrada por Miriam González Pinedo, descendiente de José Manuel González. Entrevista, Santa Marta, 5 de febrero de 2008.

²⁶ Santiago Pérez Triana era hijo del ex Presidente de la República Santiago Pérez. Fue un hombre polifacético: escritor, periodista, diplomático, viajero y empresario. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual>

cantidad de 1.500 racimos (El Estado, 1947). La falta de experiencia en el transporte y almacenamiento del banano originó que la fruta de los primeros embarques llegara dañada al mercado norteamericano.

Luego de este primer tropiezo, algunas propiedades de la familia González pasaron a poder de la firma norteamericana *J. Sanders*. Ésta a su vez les vendió en 1892 a la empresa inglesa *Colombian Land Company*, de amplia experiencia en explotaciones bananeras en las islas del Caribe. Al año siguiente, en 1893, José Manuel González vendió a la empresa inglesa *Colombia Land Co.* un globo de terreno superior a 3.300 hectáreas, por valor de diez mil pesos oro. El comprador fue William Cooperthwaite²⁷, apoderado de la empresa inglesa y gerente de la *Santa Marta Railway Co.*, quienes para 1894 tenían 520 hectáreas cultivadas en banano (Junta Agraria del Departamento del Magdalena, 1908; Botero y Guzmán, 1977, p. 383). Estos terrenos vendidos a los ingleses por *González & Co.*, estaban ubicados entre los ríos Sevilla y Riofrío, los cuales pasaron más tarde a la *UFCo*.

Las expectativas generadas en la zona agrícola de Ciénaga por los cultivos de tabaco, cacao y banano, impulsaron la solicitud de adjudicación de baldíos, así como la construcción del ferrocarril de Santa Marta. Las adjudicaciones de tierra no sólo se limitaron a políticos y militares afectos al gobierno de turno. Empresas y empresarios también tuvieron acceso a este privilegio desde finales del siglo XIX. Entre estas adjudicaciones de tierras baldías (Cuadro 5) sobresalen por su extensión las de María Concepción de Durán y Sergio Rosellón, ambos radicados en Ciénaga. María Concepción estaba casada con el ingeniero y terrateniente Francisco Durán, padres del militar liberal y empresario bananero José Rosario Durán. Francisco no solo fue ingeniero, sino un emprendedor agrícola, quien a finales del siglo XIX se dedicó a colonizar grandes zonas boscosas en las vertientes occidental y noroccidental de la zona plana correspondiente a la Sierra Nevada (Sievers, 1887, p. 171). Estas áreas luego las convertía en fincas ganaderas, tabacaleras, cañeras o bananeras, heredadas por su esposa María Concepción y luego por su hijo José Rosario, quien se encargó

²⁷ Copperthwaite fue un ingeniero famoso, quien fue contratado en años posteriores para construir el segundo túnel debajo del río Tamesis, en Londres. Correspondencia personal con Pär Hallström, descendiente de Berndt Bremberg; Estocolmo, 17 de noviembre de 2016.

de ampliar las propiedades y ponerlas a producir durante el auge bananero, en las primeras décadas del siglo XX.

Cuadro 5
Adjudicación de baldíos nacionales en los municipios de Ciénaga (San Juan del Córdoba), Aracataca y Puebloviejo (Zona Bananera), 1892-1904

| Año | Adjudicatario | Municipio | Hectáreas |
|-------|---------------------------|-----------------|-----------|
| 1892 | Gregorio Beltrán | Ciénaga | 22 |
| 1895 | María Concepción de Durán | Ciénaga | 3.385 |
| 1896 | Luís J. Porto | Aracataca | 410 |
| 1897 | Teotiste Maya | Ciénaga | 190 |
| 1899 | Sergio Rosellón | Ciénaga | 1.000 |
| 1904 | Sergio Rosellón | Puebloviejo | 1.003 |
| Total | Seis adjudicatarios | Tres municipios | 6.010 |

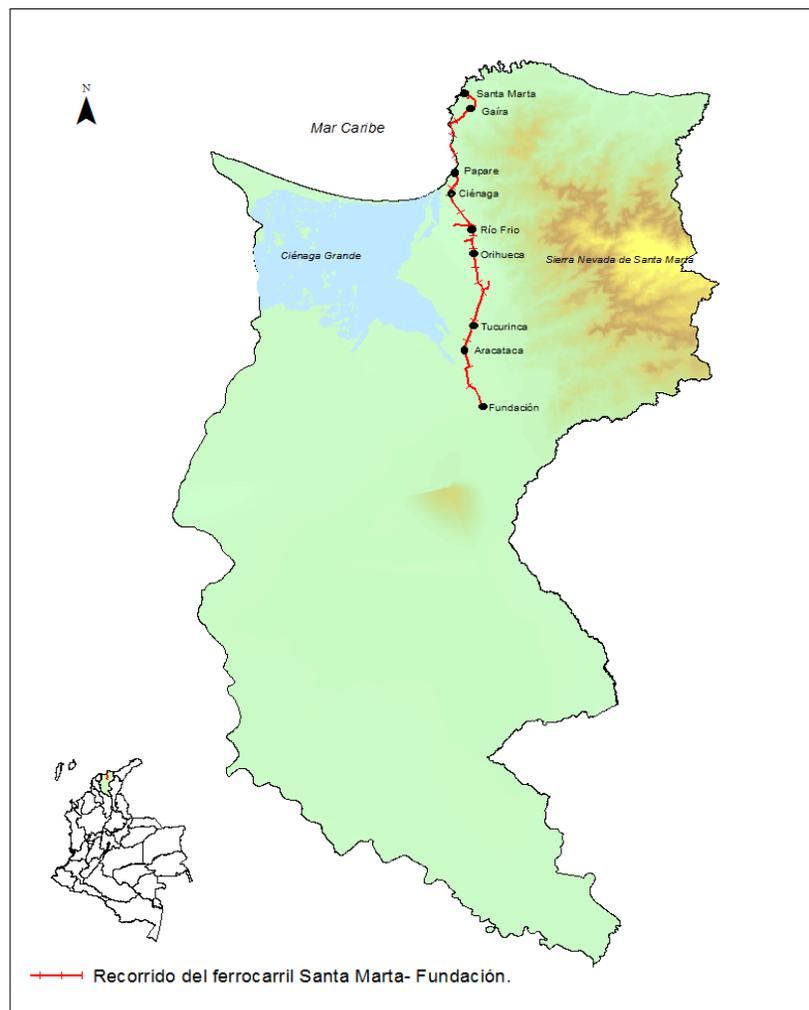
Fuente: Ministerio de Industrias: *Memorias del Ministerio de Industrias*, Tomo V, Bogotá, 1931, pp. 304-310, 380 y 381.

De otra parte, en 1887 el gobierno de Colombia se comprometió a conceder a la empresa del ferrocarril de Santa Marta 100.000 hectáreas de tierras baldías de manera gratuita, en la medida que fuera avanzando la construcción de la vía férrea. La construcción de ferrocarril de Santa Marta se inició en junio de 1882, a cargo de la empresa “Compañía del Ferrocarril de Santa Marta”, constituida en Nueva York por los empresarios Manuel Julián De Mier y Roberto Joy. En 1887 la construcción del ferrocarril había avanzado apenas 35 kilómetros, comunicando la ciudad de Santa Marta con Ciénaga. La construcción continuó y llegó a Sevilla en julio de 1894, pero se interrumpió durante la Guerra de los Mil Días (1899-1902). Finalmente, el ferrocarril llegó hasta Fundación en enero de 1906, con una extensión de 95 kilómetros lineales²⁸, sin incluir los ramales que entraban a las fincas bananeras y el ramal

²⁸ Después de Santa Marta, las estaciones del ferrocarril eran: Gaira (10 km.), Papare (28 km.), Ciénaga (35 km.), Río Frío (49 km.), Orihueca (57 km.), Sevilla (66 km.), Tucurínca (79 km.), Aracataca (86 km.) y Fundación (95 km.).

de Ciénaga al embarcadero de Puebloviejo. Los caseríos surgidos hacía apenas unas décadas, se empezaron a reubicar a lo largo de la línea férrea. La construcción del ferrocarril y la creciente expansión de los cultivos de tabaco y banano llevaron a que esta zona fuera receptora de población desde las décadas finales del siglo XIX. Es así como la población de la zona agrícola entre Ciénaga y Fundación se triplicó entre los años 1871 y 1906 (Registro del Magdalena, 1906).

Mapa 4
Recorrido del ferrocarril Santa Marta – Fundación



Fuente: Elaborado por el autor con datos del IGAC.

En 1887 los concesionarios De Mier y Joy vendieron el Ferrocarril de Santa Marta a la firma inglesa *Greenwood & Co* (AHMG, 1890). Esta empresa constituyó en Londres una compañía anónima con capital de 600.000 libras esterlinas, bajo la razón social *Santa Marta Railway*

Company Ltd., de la que formaban parte siete accionistas: Alexander Henderson, Robert Griggs, Henry Walton Bornside, Joaquín de Mier, Joseph White Todd, Charles J. Whitaker y Edward Garthwaite Farsh (Goenaga, 1890, p. 169).

Sir Alexander Henderson, parlamentario inglés y corredor de la Bolsa de Londres, fue accionista de varios ferrocarriles en Inglaterra, España, Argentina, Uruguay, Brasil, Chile y Colombia. En este último país se hizo socio del Ferrocarril de Santa Marta en 1887 y en los siguientes años se convirtió en el accionista mayoritario, llegando a concentrar el 92,3% de las acciones en 1892 (Primmer, 2018, p. 245). Una vez finalizada la Guerra de los Mil Días, la empresa norteamericana *United Fruit Company* se interesó en el ferrocarril bananero de Santa Marta, por lo que adquirió un paquete accionario importante, lo que implicó que la participación de Henderson bajara a cerca del 60% en 1902 (Primmer, 2018).

En 1895 Alexander envió a su hermano menor Brodie H. Henderson de viaje por Suramérica, para que supervisara sus negocios en ese continente. Brodie viajó durante once meses: de Inglaterra llegó a Nueva York, luego pasó a la Florida y La Habana. En Cuba estuvo dos semanas examinando el negocio del ferrocarril; luego viajó a Venezuela y por mar llegó a Colombia, donde Brodie conoció de cerca el comportamiento financiero y operativo del *Santa Marta Railway Co.*, otra de las empresas de su hermano Alexander Henderson. Allí observó que el ferrocarril requería algunas reparaciones que podían costar cerca de 20.000 libras. De Santa Marta siguió por vía marítima hacia Barranquilla, Cartagena, Panamá, cruzó el istmo de Panamá y continuó su viaje por el resto de Suramérica (Wainwright, 1985, pp. 24-26).

Como la actividad bananera requería economías de escala para dominar el mercado e incrementar las utilidades, en 1899 las empresas *Colombian Land Co.*, *Boston Fruit Co.*, *Snyder Banana Co.*, *Fruit Dispatch Co.* y *Tropical Trading and Transport Co.* conformaron una nueva empresa bajo la razón social *United Fruit Company (UFCo)*, como la firma encargada de concentrar los negocios bananeros en Centroamérica y la cuenca del Caribe. Ese mismo año estalló la Guerra de los Mil Días, por lo que la empresa no pudo desarrollar su plan de crecimiento y exportación de la fruta. Una vez finalizada la guerra en 1902, se observaron dos fenómenos en la zona bananera: por un lado, la *UFCo.* estructuró su base

productiva y exportadora, en la que incluía su participación en el ferrocarril, mientras de otra parte varios militares se radicaron en la zona, para aprovechar las oportunidades que ofrecía la nueva actividad económica, así como los incentivos gubernamentales.

Para esta época, varios informes dan cuenta de la fertilidad de la tierra en la zona agrícola del Magdalena. En 1899, C. Michelsen escribió en su informe presentado al Ministro de Hacienda: “En ningún lugar del mundo he visto terrenos tan fértiles y clima tan adecuado para el cultivo de cacao y plátano como son los de las llanuras que recorre y atraviesa el ferrocarril de Santa Marta” (Diario Oficial, 1899)²⁹.

La organización y financiación que las empresas bananeras extranjeras le imprimieron al negocio, llevó a que la producción y exportaciones fueran crecientes entre 1891 y 1894, al crecer cerca de cuatro veces. Las perspectivas de la actividad bananera se veían prometedoras para finales de 1894, toda vez que se había adquirido experiencia en la manipulación y transporte de la fruta. Pero el 6 de diciembre de 1894 se presentó un fuerte ciclón que originó inundaciones entre Santa Marta y Ciénaga. Por este fenómeno natural, en 1895 las exportaciones de banano cayeron el 48% con respecto al año anterior. En estos años finales del siglo XIX, un informe dirigido al Ministerio de Obras Públicas y al Parlamento Británico calculaba que por el puerto de Santa Marta se exportaba mínimo 13.000 racimos de banano cada quince días, que al año serían cerca de 312.000 racimos exportados (Thomson, 1895; Jenner, 1962).

Luego, entre 1896 y 1899 las exportaciones crecieron el 45% (Jenner, 1996, p. 285). La Guerra de los Mil Días causó que las exportaciones de banano cayeran a menos de 270.000 racimos en 1900 y 1901, pero al lograrse la paz con la firma del tratado de Neerlandia en 1902, las ventas al exterior crecieron de nuevo (Cuadro 6).

²⁹ Informe presentado por C. Michelsen al Ministro de Hacienda sobre el ferrocarril de Santa Marta.

Cuadro 6
Departamento del Magdalena: Exportaciones de banano, 1891-1902

| Año | Racimos | Año | Racimos |
|------|---------|------|---------|
| 1891 | 74.915 | 1897 | 472.454 |
| 1892 | 171.891 | 1898 | 420.966 |
| 1893 | 201.875 | 1899 | 485.385 |
| 1894 | 298.766 | 1900 | 269.877 |
| 1895 | 155.845 | 1901 | 253.193 |
| 1896 | 335.834 | 1902 | 314.066 |

Fuente: Díaz Granados (1996).

Con el fin de la guerra, la *UFCo.* emprendió una agresiva política de compra de tierras y denuncia de terrenos baldíos en la zona bananera del Magdalena, situación que llevaría a la empresa a enfrentarse con colonos, campesinos, agricultores locales y, en ocasiones, con las autoridades. En este sentido sus estrategias fueron múltiples y en ocasiones discutibles, teniendo como objetivo final la ampliación de sus terrenos para el cultivo y el dominio del comercio bananero. Así mismo, la construcción del ferrocarril ayudó a ampliar y consolidar la zona bananera de Santa Marta, toda vez que las hectáreas sembradas con esta fruta crecían de norte a sur, en la dirección en que avanzaba la carrilera del tren.

11. Comentarios finales

Durante el siglo XVIII, las autoridades coloniales decidieron retomar la colonización de la Sierra Nevada de Santa Marta y su primer paso fue la evangelización de las comunidades indígenas allí establecidas. Esta labor fue encomendada a la comunidad religiosa de los capuchinos, quienes fueron una pieza fundamental en la refundación de pueblos en la Sierra Nevada y en la campaña “pacificadora” contra los indígenas chimilas. También en la segunda mitad del siglo XVIII, el virreinato ordenó establecer una colonia agrícola con irlandeses, a mitad de camino entre Santa Marta y Valle de Upar, en territorio dominado por los chimilas.

Esta población sería bautizada como San Carlos de la Fundación. Así mismo, tenía como propósito ampliar la frontera agrícola para suministrar alimentos a las ciudades de Cartagena y, en menor medida, para Santa Marta.

Más adelante, la Independencia generó expectativas económicas en la nueva dirigencia política colombiana, que sólo empezarían a concretarse tres décadas más tarde. Las reformas liberales de mediados del siglo XIX, dinamizaron el mercado nacional a partir de la manumisión de los esclavos, el fin del estanco del tabaco, la desamortización de bienes de manos muertas y el impulso a las exportaciones de bienes primarios. Estas nuevas relaciones comerciales con las economías más desarrolladas de Europa y Norteamérica, permitieron vincular nuevas tierras para la producción de bienes primarios de exportación y por tanto contar con mayor población para vincularla a las actividades económicas.

Aparejado a estas nuevas dinámicas, fue ganando fuerza el proyecto de crear empresas de inmigración y colonización en todo el país, para lo cual se legisló ampliamente durante casi todo el siglo XIX. Como en toda América Latina, este proyecto consistía en atraer inmigrantes europeos. Pero estas empresas tropezaron con múltiples inconvenientes como la pobreza fiscal en los diferentes niveles de gobierno y las guerras recurrentes.

Como quedó dicho, no se quería cualquier clase de inmigrante: este debía ser europeo, blanco y católico, de acuerdo con la visión de la elite conservadora que gobernó a Colombia por medio siglo, entre 1880 y 1930. El proyecto colombiano de atraer una migración europea blanca no fue diferente al de otras excolonias. En Argentina, Uruguay o Cuba, la población se reclutaba con el ofrecimiento de condiciones económicas excepcionales, como entrega de tierras, herramientas o créditos para iniciar un negocio. Pero mientras en Norteamérica o países del Cono Sur se reclutaban explícitamente artesanos europeos, para el caso colombiano, o no se hacía explícito el oficio requerido o se buscaban agricultores. Por su oficio, los artesanos migrantes eran mejor asimilados en las ciudades, en donde su trabajo se valoraba y no en el campo como recolectores o jornaleros.

Aunque la legislación estableciera el derecho a la propiedad privada entre los inmigrantes, la inseguridad jurídica del país producto de las guerras civiles y los levantamientos armados,

llevó a la expropiación, o al simple robo, con el eufemismo de “cuota voluntaria” para la guerra. Este problema lo sufrieron tanto nacionales como extranjeros.

Por lo general, para incentivar la migración a los nuevos países americanos, se hacían anuncios en puertos europeos o ciudades con mucha dinámica comercial. Allí se podía encontrar un artesano (un maestro herrero o un técnico dental), pero muy difícilmente se podía reclutar un campesino. Para irse a trabajar en la agricultura, los colonos o migrantes podían exigir titularización de tierras o estímulos tributarios. Por el contrario, si se pretendía reclutar trabajadores que serían pagados con fichas, es natural que se fracasara en el intento o que vinieran personas de muy bajo nivel de conocimiento del oficio requerido. En otras palabras, no fue realista tratar de atraer a la población europea para que trabajara en fincas o colonias con un sistema de pagos tan pre-capitalista como el de fichas. Para la época, el trabajo asalariado ya estaba en auge en los países más desarrollados.

Otro de los problemas fue que Colombia nunca tuvo un producto líder de exportación que requiriera abundante mano de obra proveniente del extranjero. El producto que transformó la economía colombiana a partir de la segunda mitad del siglo XIX fue el café, producido en su gran mayoría por agricultores y campesinos colombianos. Pero tanto o más importante que lo anterior, fue la falta de una empresa o de un gobierno que entendiera la lógica capitalista que en toda Europa ya estaba bien establecida: propiedad privada, tributación por derechos y trabajo asalariado.

La Sierra Nevada de Santa Marta no fue ajena a la expansión cafetera nacional, lo que generó una colonización moderada a partir de las últimas décadas del siglo XIX. Lo cierto es que la colonización e inmigración planificada de la Sierra fue un fracaso, hecho que se explica por el desconocimiento de la topografía y las condiciones ambientales por parte de los colonos; la proliferación de mosquitos en las zonas bajas de la Sierra Nevada, generándose enfermedades tropicales. Como complemento de lo anterior, muchos de los colonos no tenían la condición de campesinos en su terruño, lo que dificultó aún más la adaptación al territorio colombiano.

La colonización que sí prosperó en la Sierra Nevada fue la emprendida por empresas particulares o por familias con vocación empresarial, que se enfocaron en desarrollar un solo

negocio alrededor de una unidad productiva. De allí se pueden destacar las haciendas cafeteras organizadas en las cercanías de Santa Marta, Valledupar y Villanueva.

Durante todo el siglo XIX siempre hubo un interés por parte de los empresarios nacionales o extranjeros, políticos regionales y terratenientes tradicionales por las adjudicaciones de terrenos baldíos, tanto en la Sierra Nevada para sembrar café y en menor medida cacao, así como en la zona agrícola de Ciénaga. En la Zona Bananera la abolición de la esclavitud y el fin del estanco del tabaco a mediados del siglo XIX, abrieron el camino a empresarios agrícolas para sembrar tabaco y cacao para exportar a Europa en pequeñas cantidades.

Luego, lo que atrajo mayores capitales nacionales y extranjeros fue el cultivo del banano para la exportación. El banano transformó la economía local, a partir de nuevos capitales, empresarios y mano de obra e impulsando la construcción de infraestructura de utilidad para la actividad bananera.

Referencias bibliográficas

- Acosta, Joaquín. (2005). “Informe del coronel Joaquín Acosta sobre los baldíos de Santa Marta y Valle de Upar (1851)”, *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XCII, N° 828, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.
- Banco de la República – El Áncora Editores. (1997). *Edward Walhouse Mark. Acuarelas*. Prólogo de Malcolm Deas, Bogotá.
- Banco de la República – <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual>
- Baudouin, Axel. (2004). “Reclus, a colonialist?”, *Cybergeog: Revue Européenne de Géographie*, N° 239, English version.
- Beracasa Hoyer, Samuel e Hinestroza Llanos, Alberto. (2005). *Retazos históricos de Aracataca-90 años (1915-2005)*, Santa Marta.
- Bermúdez, Venancio. (2012). *Migrantes y blacamanes en la Zona Bananera del Magdalena*, Colección Dorada de Autores del Magdalena, Gobernación del Magdalena, Santa Marta.
- Bermúdez, Venancio. (2018). “Subregión Centro. Viaje al centro del Magdalena”, Universidad del Magdalena, Gobernación del Magdalena, Magdalena territorio de paz, Santa Marta
- Blanco, José Agustín. (1996). “Dos colonizaciones del siglo XVIII en la Sierra Nevada de Santa Marta”, Archivo General de la Nación -AGN, Bogotá.
- Bosa Bastien, Andre. (2015). *Historiolo*. Revista de Historia Regional y Local, Volumen 7, Número 14, p. 141-179.
- Botero, Fernando y Guzmán, Álvaro. (1977). “El enclave agrícola en la zona bananera”, *Cuadernos Colombianos*, Vol. 3, N° 11, Medellín.
- Burdett O’Connor, Francisco. (1915). *Recuerdos de Francisco Burdett O’Connor*, Editores González y Medina, La Paz.
- Cabot, Thomas. (1939). “The Cabot Expeditions to the Sierra Nevada de Santa Marta of Colombia”, *Geographical Review*, Vol. 29, N° 4, American Geographical Society.
- Cappelli, Vittorio. (2006). “Entre ‘Macondo’ y Barranquilla. Los italianos en la Colombia caribeña de finales del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial”, *Memoria y Sociedad*, Vol. 10, N° 20, Bogotá.

- Celedón, Rafael. (1986). “Introducción a la gramática köggaba”, en: Uribe, Carlos Alberto, “Pioneros de la antropología en Colombia: el padre Rafael Celedón”, *Boletín del Museo del Oro*, N° 17, Bogotá.
- Córdoba, Juan Felipe. (2012). “En tierras paganas. Misiones católicas en Urabá y en La Guajira, Colombia, 1892-1952”. Tesis presentada como requisito para optar el título de Doctor en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Dangond, Jorge. (1990). *De París a Villanueva, memorias de un vallenato*, Plaza y Janés Editores, Bogotá.
- Daza, Vladimir. (2006). *Los orfelinatos de dios y la cultura wayúu*, Fondo Mixto para la Promoción de la cultura y las artes de La Guajira, Riohacha.
- De Brettes, Joseph. (2017). “Entre los indios del Norte de Colombia”, en: Niño, Juan Camilo, *Indios y Viajeros. Los viajes de Joseph de Brettes y Georges Sogler por el norte de Colombia 1892-1896*, ICANH, Universidad de los Andes, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- De la Rosa, José Nicolás. (1975). *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta*, Biblioteca Banco Popular, Vol. 74, Bogotá.
- Del Real de Gandía, Segismundo. (1912). “La Sierra Nevada y los orfelinatos de La Guajira”, Imprenta Nacional, Bogotá, 1912.
- Díaz Granados, Manuel. (1996). *Geografía Económica del Magdalena Grande (1946-1955)*, Instituto de Cultura del Magdalena, Santa Marta: 1996.
- Fals Borda, Orlando. (1980). *Historia doble de la Costa*, Tomo I. Mompox y Loba, Carlos Valencia Editores, Bogotá.
- Flye, Orlando. (1935). “Mis Impresiones de la Sierra Nevada de Santa Marta”, en : *Revista PAN*, núm 3, Bogotá, octubre (tomado del diario El Estado número 2548, martes 21 de junio de 1932).
- García Márquez, Gabriel (2007). *Cien Años de Soledad*. Edición conmemorativa, Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, Alfaguara, Bogotá.
- Goenaga, Ramón. (1890). Informe que el Gobernador del Magdalena presenta a la Asamblea Departamental en 1890, Tipografía La Voz, Santa Marta.

- Goenaga, José Manuel. (1932). *La colonización de la Sierra Nevada de Santa Marta* (Fragmento de un estudio sobre este macizo), Segunda Edición, Tipografía Pinto Robles, Santa Marta.
- Gómez, Fernando. (1970). “Los censos de Colombia antes de 1905”, en: Miguel Urrutia y Mario Arrubla, *Compendio de estadísticas históricas de Colombia*, Universidad Nacional, Bogotá.
- González, Fredy. (2005). *Cultura y sociedad criolla en La Guajira*, Gobernación de la Guajira, Riohacha.
- Guhl, Ernesto. (1950). “La Sierra Nevada de Santa Marta”, *Revista de la academia colombiana de ciencias exactas, físicas y naturales*, Bogotá.
- Henríquez, Demetrio. (1939). *Monografía completa de la Zona Bananera*, Tipografía El Progreso, Santa Marta.
- Henríquez, Guillermo. (2003). *El misterio de los Buendía. El verdadero trasfondo histórico de Cien años de soledad*, Editorial Nueva América, Bogotá.
- Hernández, William y Hernández, Carmen. (1990). *Archivo Histórico Eclesiástico de la Antigua Provincia de Santa Marta. Índice analítico 1719-1942*, Instituto de Cultura del Magdalena, Santa Marta.
- Herrera, Roberto y Romero, Rafael. (1979). *La Zona Bananera del Magdalena*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.
- Hoyos, Patricia. (1982). “La inversión extranjera y la conformación de la Zona Bananera en el departamento del Magdalena 1880-1920”, tesis de grado, Departamento de Historia, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Jenner, G. (1962). “Cultivos en la Sierra Nevada de Santa Marta”. Informe sobre el cultivo del cacao, banano y caucho en los alrededores de la Sierra Nevada de Santa Marta. Presentado a las dos Cámaras del Parlamento de la Gran Bretaña por orden de su majestad. Del Señor Jenner al Conde de Rosebery, 26 de diciembre de 1893, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia*, Vol. XX, N° 73-74-75 y 76, Academia de Ciencias Geográficas, Bogotá.
- Kabchi, Raymundo (Coord.), *El mundo árabe y América Latina*, Madrid: Ediciones Unesco, 1997.

- Krogzemis, James. (1967). *A Historical Geography of the Santa Marta Area, Colombia*, University of California, Berkeley.
- Luna, Lola (1993). *Resguardos coloniales de Santa Marta y Cartagena y resistencia indígena*, Biblioteca Banco Popular, Bogotá.
- Martínez, Frédéric. (1997). “Apogeo y decadencia del ideal de la inmigración europea en Colombia, siglo XIX”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, N° 44, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.
- Martínez, Simón. (2006). “Ilustres desconocidos. Protagonistas de su tiempo. José María Louis Herrera, precursor de la autonomía del Valle de Upar”, Observatorio del Caribe Colombiano, *Becas culturales en investigación sociocultural en historia regional y/o local del departamento del Cesar*. Resultados de la primera convocatoria, Cartagena de Indias.
- Melo, Jorge Orlando. (1994). “Las vicisitudes del modelo liberal (1850-1899), en: Ocampo, José Antonio, *Historia económica de Colombia*, Tercer Mundo Editores, Fedesarrollo, Bogotá.
- Mestre, Yanelia y Peter Rawitscher. (2018). *Shikwakala. El crujido de la Madre Tierra*, Organización Indígena Gonawindua Tayrona, Resguardo Kogi-Malayo-Arhuaco, Barranquilla.
- Mier, José María de. (1975). *Don Joaquín de Mier y Benítez*, Editorial Kelly, Bogotá.
- Ministerio de Industrias. (1931). *Memorias del Ministerio de Industrias*, Tomo V, Bogotá.
- Nicholas, Francis. (1901). “The Aborigines of the Province of Santa Marta, Colombia”, *American Anthropologist Association*, New Series, Vol. 3, N° 4.
- Niño, Juan Camilo. (2017). *Indios y Viajeros. Los viajes de Joseph de Brettes y Georges Sogler por el norte de Colombia 1892-1896*, ICANH, Universidad de los Andes, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Ortiz, Sergio Elías (compilador). (1965). *Escritos de dos economistas coloniales: don Antonio de Narváez y La torre y don José Ignacio de Pombo*, Banco de la República, Bogotá.
- Palacios, Marco y Frank Safford. (2002). *Colombia, país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*, Editorial Norma, Bogotá.

- Pedraza, Pedro. (1909). *Excursiones presidenciales. Apuntes de un diario de viaje*, The Plimpton Press, Norwood.
- Posada Carbó, Eduardo. (1993). “Más allá de los Andes: las ramificaciones de la cultura cafetera en el Caribe colombiano, 1850-1950”, en: C.M.H.L.B. Caravelle, No. 61 Toulouse.
- Primmer, Andrew. (2018). “Capital, Monopoly and Economic Nationalism: A History of British Railways in Colombia, 1902-1930”. A dissertation submitted to the University of Bristol in accordance with the requirements for award of degree of PhD in the Faculty of Arts, Department of History Studies, Bristol University.
- Reclus, Eliseo. (1992). *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*, Colcultura, Bogotá .
- Restrepo, Ernesto (1937). “Cómo se pacificaba a los indios”, *Boletín de Historia y Antigüedades*, Academia Colombiana de Historia, Vol. 24, No. 278, Bogotá.
- Romero, Fray Francisco. (s.f). “Llanto sagrado de la América Meridional”, *Serie Perulibros* (Primera edición, 1693), Biblioteca Nacional de Perú, Lima, s.f.
- Sánchez, Hugues (2010). “Tenencia de la tierra, mano de obra, mercados y productividad en la frontera: españoles, indígenas y comunidades campesinas en la Gobernación de Santa Marta, 1700-1810”, Universidad Pablo de Olavide, Doctorado El Poder y la Palabra, Sevilla.
- Sánchez, Hugues (2012). “Composición, mercedes de tierras realengas y expansión ganadera en una zona de frontera de la Gobernación de Santa Marta: Valledupar (1700-1810)”, *ACHSC*, Vol. 39, N° 1, enero-junio, pp. 81-117.
- Sievers, Wilhelm. (1887). *Reise in der Sierra Nevada de Santa Marta*, Gressner & Schramm, Leipzig.
- Simons, F. A.. (1882). *Sierra Nevada de Santa Marta. Recientes observaciones y apuntamientos sobre su altura, nacimiento y curso de sus aguas*, Imprenta de Juan B, Ceballos, Santa Marta.
- Sogler, Georges. 2017). “Exploración y colonización en la Sierra Nevada de Santa Marta”, en: Niño, Juan Camilo, *Indios y Viajeros. Los viajes de Joseph de Brettes y Georges Sogler por el norte de Colombia 1892-1896*, ICANH, Universidad de los Andes, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2017.

- Thomson, Rob. (1895). “Informe sobre una excursión a la Sierra Nevada de Santa Marta, para investigar sus capacidades agrícolas. Para promover la Colonización Nacional de tan rica región”, traducción: Juan B. Porrati. Publicado por Federico A. López y C. Martínez Ribón. Imprenta Americana, Barranquilla, 1895.
- Tovar, Hermes. (1997). “Los baldíos y el problema agrario en la Costa Caribe de Colombia (1830-1900)”, *Fronteras*, N° 1, Vol. I, Bogotá.
- Uribe, Carlos. (1986). “Pioneros de la antropología en Colombia: el padre Rafael Celedón”, *Boletín del Museo del Oro*, N° 17, Bogotá.
- Urrutia, Miguel y Arrubla, Mario. (1970). *Compendio de estadísticas históricas de Colombia*, Universidad Nacional, Bogotá.
- Valencia, Alonso. (1988). “Centu per centu, moderata ganancia. Ernesto Cerutti, un comerciante italiano en el estado soberano del Cauca”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, N° 17, Bogotá, 1988.
- Vedovelli, Carlo. (1892). “Viaggio di Esplorazione nei territori della Sierra Nevada di Santa Marta nella Repubblica di Colombia a scopo di colonizzazione agricola”, Conferenza sulla Colombia tenuta alla Società di Esplorazione Commerciale in Africa di Milano il 14 Febbraio 1892, Stabilimento Tipografico P. B. Bellini, Milano.
- Viloria De la Hoz, Joaquín. “Café en la Sierra Nevada de Santa Marta: aspectos históricos”, *Historia Caribe*, Vol. II, N° 3, Universidad del Atlántico, Barranquilla, 1998.
- Viloria De la Hoz, Joaquín. (2009). “Historia empresarial del guineo: Empresas y empresarios bananeros en el departamento del Magdalena, 1870-1930”, *Cuadernos de Historia Económica y Empresarial*, N° 23, Banco de la República, Cartagena, mayo.
- Viloria De la Hoz, Joaquín. (2014). *Empresarios del Caribe colombiano. Historia económica y empresarial del Magdalena Grande y del Bajo Magdalena*, Bogotá, Banco de la República, *Colección de Economía Regional* .
- Vinales, José de. (1952). *Indios arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta*, Editorial Iqueima, Bogotá.
- Wainwright, David. (1985). *Henderson. A History of the life of Alexander Henderson, first Lord Faringdon, and of Henderson Administration*, Quiller Press, London.

Wexler, Sanford. (1991). *Westward expansion: An eyewitness History, Facts on File*, New York, Oxford.

White, Judith. (1978). *La United Fruit Company en Colombia: Historia de una ignominia*, Editorial Presencia, Bogotá, 1978.

Archivos históricos y entrevistas

Archivo Histórico Eclesiástico de Santa Marta, Tomo 25, año 1823.

Archivo Histórico del Magdalena Grande (AHMG), Notaría Primera de Santa Marta (NPSM), “Testamento de don Pablo Oligós y nombramiento de su albacea doña Ana Teresa Díaz Granados de Oligós”, 27 de febrero de 1817.

(AHMG), Gobernación de la Provincia de Santa Marta: Juzgado de Bienes de Difuntos, Causa: “Mortuoria de don Pedro Cothiné”, 1817-1819.

AHMG, NPSM, Libro de Protocolos de 1865, Testamento de Pedro Fergusson, 1865, Notaría Única de Ciénaga, Tomo de 1880, 17 de julio, y Santa Marta, 29 de julio de 1880.

AHMG, NPSM, Escritura Pública N° 30 y 41 de 1856, y 25 de 1874.

AHMG, NPSM, Escrituras No. 30 y 41 de 1856, y No. 25 de 1874.

AHMG, NPSM, Escritura Pública N° 25 del 29 de marzo de 1883.

AHMG, (NPSM), Escritura Pública N° 43, Tomo del año 1889.

AHMG, Escritura pública N° 15, abril 14 de 1890, Tomo año 1890.

AHMG, NPSM, Escritura Pública N° 38, 23 de mayo de 1892.

AHMG, NPSM, Escritura Pública N° 22, del 7 de marzo de 1893.

AHMG, Escritura N° 366, 1908.

Correspondencia personal con Pär Hallström, descendiente de Berndt Bremberg: Estocolmo, 20 de octubre, 9 y 17 de noviembre de 2016.

Entrevista con Miriam González Pinedo, descendiente de José Manuel González. Santa Marta, 5 de febrero de 2008.

Notaría Única de Ciénaga, Tomo de 1880, 17 de julio, y Santa Marta, 29 de julio de 1880.

Prensa

Anales de la Cámara de Representantes, N° 30, Bogotá, 20 de septiembre de 1892.

Diario Oficial, No. 2651, Bogotá, 20 de septiembre, 1872.

Diario Oficial, Bogotá, 15 de septiembre de 1899.

El Eco Radical, Santa Marta, 20 de marzo de 1855.

El Espía, Cartagena, 30 de enero de 1915.

El Estado, Santa Marta, 30 de diciembre de 1947.

Gaceta del Magdalena, N° 147, Santa Marta, 17 de febrero de 1870.

Gaceta Oficial del Estado Soberano del Magdalena, Santa Marta, Ley 155 de 1871.

La Gironda, N° 27, Santa Marta, 6 de noviembre de 1884.

La Voz, N° 4, Santa Marta, 15 de diciembre de 1882.

Revista de la Cámara de Comercio de Barranquilla, Año XVI, N° 1, Barranquilla, enero de 1915.

Revista de Industrias: Ministerio de Industria, Vol. I, No. 7, Bogotá, 1924.

Revista Nacional de Agricultura: Bogotá, julio de 1906.